EL SOLAR DE MEDIACAPA

Tragicomedia en tres actos, estrenada en el teatro de la Comedia, de Madrid, en la noche del 21 de diciembre de 1928

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BLANQUITA	Sra. Hidalgo.
SEÑÁ TÁRSILA	— Mayor.
CARMEN LA DE LA RONDA	Srta. Tejera.
TÍA CELES	Sra. De Siria.
FILO	Srta. F. Villegas.
DOLORES	— Alcoriza.
PEPA	— Rico.
CONCHITA	— Noriega.
CAÑAMONERA	— F. Villegas.
PARROQUIANA 1.ª	— D. Valcasca.
IDEM 2.ª	— Flores.
MOZA	— Galán.
MUCHACHA 1.ª	— Merino (M.)
IDEM 2.ª	— Merino (P.)
ISIDORO PERALES (MEDIACAPA)	Sr. Ortas.
ISMAEL	— Zorrilla.
CUSTODIO	— Pedrote.
ANTERO	— Manzano.
PACO EL SERIO	— Riquelme.
LUCAS	— F. Alymán.
CATALINO	— Tobía.
LAURO	— Azaña.
CAMARERO	— Rodríguez (A.)
PARROQUIANO	— Amil.
CANALES	— Infiesta.
TORIBIO	— Rodríguez (A.)

La acción, en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Ocurre en el solar de Mediacapa, un solar en los barrios bajos de Madrid. Está circundado por la clásica valla de tablas. Al foro, a la izquierda, la puerta que da a la calle. De frente, hacia la derecha, una casita de una sola planta, con puerta practicable en la fachada y dos ventanitas a los lados, practicables también. Dicha casa ostentará sobre la puerta un letrero que diga: ISIDORO PERALES, MEDIACAPA. TAILLEUR POUR DAMES. SE VUELVEN PRENDAS. MODES Y ROBES. A la izquierda, en primer término, un par de acacias raquíticas, a cuya sombra hay una pila, y cuerdas con alguna ropa tendida. Todo el solar está adornado con cadeneta de papel de colores y algunos farolillos. Es de día.

ESCENA PRIMERA

TÍA CELES; luego, FILO; después, SIDORO.

TÍA CELES.—*(Aparece lavando ropa. Mientras da jabón, canta.)*

Al solar de Mediacapa
no tengas miedo, mujer;
que allí no comen a nadie
que no se deje comer.

FILO.—*(Aparece en la puerta del solar con un barreño de ropa lavada.)* Güenos días.

TÍA CELES.—Los tengamos.

FILO.—¿Qué, me dejaría usté de tender una poca de ropa que acabo de lavar, tía Celes?

TÍA CELES.—Hoy no puedo, mujer. ¿No ves cómo está esto de engalanao?

FILO.—¡Caray, es verdá!... ¡Too de cadeneta tricolor, encarná y amarilla... ¿Dan ustés kremés?

TÍA CELES.—¡A la caída de la tarde tendremos guateque, y de los gordos!... ¡Que hoy deja esto de ser solar!... No sé si lo sabrás.

FILO.—Sí; ya he sentío de decir que su sobrino de usté quita hoy la sastrería. ¡Amos, la sastrería! El pretexto que tiene pa que entren y salgan cuatro frescales, que dicen que se visten aquí... ¡Sí, sí, vestirse aquí! ¡Ja, jay!...

TÍA CELES.—Oye, ¿cómo pretexto?... Pues entavía ties ahí el letrerito que lo dice: «Tailleur pour dames».

FILO.—Sí; pero dice mi marido que esto no es tailleur pour dames; que esto es tailleur pur disimileur..., y que eso de mades y robes quie decir modos de robar. ¡No ve usté que ha estao de pinche en San Juan de Luz!

TÍA CELES.—¿Y sabe el francés?

FILO.—¡Cómo hablará el francés de bien, que lo entiendo yo!

TÍA CELES.—Oye, pues si entiende el francés sabrá lo que es renard.

FILO.—¡Ya lo creo!

TÍA CELES.—Entonces, ¿cómo te ha dejao que te lo regalase este invierno tu primo el guardia?

FILO.—Mujer, eso... allá ca cual...; porque una... Bueno; pues a lo que íbamos...

TÍA CELES.—A lo que veníamos, querrás decir.

FILO.—Bueno; pues lo que se susurra po el barrio dende hace quince días es que, por fin, va a realizar su sobrino de usté el bello ideal de toa su vida, de hacerse una casa en este solar.

TÍA CELES.—¡Y bien hermosa que se la va a hacer!

FILO.—Señal que puede.

TÍA CELES.—¡A ver qué vida!

FILO.—¿Y de cuántos pisos?

TÍA CELES.—De tres, con derecha, izquierda, centro esterior, interiores, sotabancos, guardillas, sótanos y áticos, esteriores, interiores y posteriores...

FILO.—¡Caray, qué guirigay! ¡Tendrán ustés que colocar a los vecinos con casillero!

TÍA CELES.—¡Pa las que no paguen el recibo, con una flecha indicadora de escaleras abajo, basta!

SIDORO. *(Dentro de la casa.)* ¡Tía Celes!...

TÍA CELES.—*(Solicita.)* ¿Qué quieres, hijo? Ahora voy. *(A Filo.)* Aguarda a ver... *(Vase a la casa.)*

FILO.—¡Y que Dios le ayude a este hombre, con los atropellos que se han cometío en este solar..., que no ha habido mujer que entrase aquí que no saliese desacreditá pa...! Medio año estuve yo viniendo sin saberlo... ¡Gracias que me lo avisaron a tiempo... y que este golfo me echó a la calle; si no, me desacredito! ¡Qué cosas se ven! *(Vuelve Tía Celes.)* ¿Era su sobrino?

TÍA CELES.—El era.

FILO.—¿Qué l'ha dicho?

TÍA CELES.—Que qué pasaba, que estaba oyendo una murga.

FILO.—¡Mi madre! *(Coge el barreño que ha dejado en el suelo.)*

TÍA CELES.—Le he dicho que eras tú, y me ha dicho que lo que se inagura esta noche es la carnicería del diecisiete; que t'has equivocao en tres puertas.

FILO.—¡Ay, qué gracioso! Pues déle usté mis más espresivas...

TÍA CELES.—Es que está con una modorra que no se pué tener.

FILO.—¡Angelito!

TÍA CELES.—¡S'ha costao a las cinco!

FILO.—¡Que no le dejan dormir!

TÍA CELES.—¡Feo que es el pobre!

FILO.—¡La tie a usté loca!

TÍA CELES.—¡Es mi sobrino, hija!

FILO.—¡Ay qué tía ésta!... ¡Ay, pero qué tía! *(Vase.)*

TÍA CELES.—¡Lo mismo digo! ¡Miá la golfa!... ¿Si se creerá que es persona? ¡Too el ivierno pi-

diéndole recetas a un cocinero italiano..., y, claro, como el marido sabe francés, pos la llaman la bilingües!

ESCENA II

TÍA CELES y PEPA; luego, CONCHITA.

PEPA.—*(Muy misteriosa, entra de prisa.)* No creo que m'hayan visto. *(Llamando.)* ¡Señá Celes...!

TÍA CELES.—¡Huy, la misteriosa! ¡Hola, Pepa!

PEPA.—¡En reserva, por Dios!

TÍA CELES.—Dime, hija...

PEPA.—¿Está Sidoro?

TÍA CELES.—Se marchó ayer de Madrid.

PEPA.—¡Mecachis! ¡Arriesgarme pa esto! ¿Pa muchos días?

TÍA CELES.—Creo que pa quince.

PEPA.—¡Qué lástima! Hoy que se va ése...

TÍA CELES.—¿Adónde?

PEPA.—A Colmenar. Lo han reclamao. El juez..., una herencia.

TÍA CELES.—Pos si volviera, yo le diré que has estao a buscarlo.

PEPA.—¡Menuda ocasión! ¡Y perderla!... ¡Una vez que m'atrevo!...

TÍA CELES.—¡Qué se le va a hacer, hija!

PEPA.—En fin: voy a casa mi primo, a ver si hace semana inglesa. ¿No me verán?

TÍA CELES.—*(Mirando.)* ¡Anda, ahora que no pasa naide! *(Al salir ella pasan cinco o seis.)* ¡Las hay más romanceras! Bueno, y gracias a que yo le quito las que puedo, porque hay épocas que las tie que dar número, como en las consultas.

CONCHITA.—*(Una jovencita, que entra comiendo quisquillas y tirando las cabecillas por la espalda.)* ¡Señá Celes...!

TÍA CELES.—¡Conchita, hija!

CONCHITA.—¿Está el señor Sidoro?

TÍA CELES.—Ha salido. ¿Qué te pasa?

CONCHITA.—Naa: que tengo un disgusto horrible. Que he regañao con mi novio y quería consultarle una cosa.

TÍA CELES.—Tú dirás.

CONCHITA.—Que me dijese, de los que me quedan, cuál le paece más tonto, pa elegirlo.

TÍA CELES.—Pos yo se lo diré y ya te contestará por correo.

CONCHITA.—Ya volveré yo; me gusta más que me lo diga de viva voz. *(Vase.)*

TÍA CELES.—¡No estás tú mala viva! ¡Hay que ver: una chiquilla que hace dos meses que se ha puesto de largo..., que se ha puesto de largo con una vara de tela!... ¡Como que se sienta y tiene que ponerse el bolso delante las rodillas pa que le haga de «stor»!...

ESCENA III

TÍA CELES y DOLORES; luego, SIDORO.

DOLORES.—*(Jamona guapa, bien vestida, muy chu lapa.)* ¿Y ese ladrón?

TÍA CELES.—¡Arrea! ¡La Dolores!

DOLORES.—¿No está?

TÍA CELES. Sigue en Alhama, hija.

DOLORES.—Pero ¿qué hace allí tanto tiempo?

TÍA CELES.—Quitarse de granos, y a más, me pienso yo que se estará curando el reuma suyo.

DOLORES.—Y el de su tía, porque en dos meses, ¡ya puede!

TÍA CELES.—¡No sé qué decirte, hija!

DOLORES.—Yo, sí: ¡que maldita sea su vida perra! ¿Y es esto quererla a una?... Le escribo y no me contesta; le telefoneo y me devuelven el telefonema, poniendo: «Desconocido.» ¡Desconocido le voy a poner yo el día que me lo tropiece!... ¡Hay que ver, hija: que en medio año no he podío verlo más que dos minutos!

TÍA CELES.—Poco es.

DOLORES.—Y fué en una verbena y en uno de esos columpios, que cuando él bajaba, yo subía; como que la última vez que nos equilibriemos le dije: «¡Aguárdame abajo!» Y cómo se iría de de prisa, que desniveló el aparato y de poco nos matamos. ¿Sería por no verme?

TÍA CELES.—¡Por Dios, Dolores no pienses eso! Ya sabes que es un hombre muy pedido... y tie que compaginar...

DOLORES.—Pues como no me escriba hoy, esta noche me voy a Alhama... Porque yo no sé si se le habrá quitao el reuma; pero Dolores tie pa rato. *(Vase.)*

TÍA CELES.—¡Santo Dios! Si yo no le quitase de tanta pelma..., ¡se lo comían! Por algo dice que soy su paragolpes. La verdá es que el infeliz que tie la desgracia de nacer guapo..., ¡apañaíto está!

SIDORO.—*(Asoma su cara radiante y guapísima por la ventana de la izquierda de la casa.)* ¡Tía Celes...!

TÍA CELES.—¡Hijo!

SIDORO.—Hágame usté el favor del «polisuar», que creo que me lo he dejao en la cocina, junto a la segunda cacerola de la derecha.

TÍA CELES.—Voy.

SIDORO.—¡Ah!... *(Se detiene la Tía Celes.)* Si vinieran los de la Junta directiva del Clu, que me esperen, que me estoy estilizando.

TÍA CELES.—Descuida.

SIDORO.—Tía Celes... *(En tono confidencial.)*

TÍA CELES.—¿Qué?

SIDORO.—¿Han venido muchas?

TÍA CELES.—Dieciséis.

SIDORO.—¡Qué estragos!

TÍA CELES.—La Concha, la Pepa, la Dolores... y no me acuerdo cuálas más...

SIDORO.—No se moleste usté, que mañana me compro un fichero. *(Se oculta.)*

ESCENA IV

TÍA CELES y CARMEN LA DE LA RONDA.

CARMEN.—*(Joven humildemente vestida, pero limpia. Lleva un niño de pecho en brazos.)* ¿Se puede?

TÍA CELES.—¿Quién?

CARMEN.—Soy yo.

TÍA CELES.—¡Carmen la de la Ronda! ¡La más infeliz! ¿Qué querrá esta desgraciada? *(Con simpatía.)* Pasa, hija.

CARMEN.—¿No molesto?

TÍA CELES.—Tú no molestas..., que tú no eres como las demás.

CARMEN.—Pue que peor.

TÍA CELES.—Eso t'hacía falta, pa sacar algo; que tú no te quejas de naa.

CARMEN.—¿De qué me voy a quejar?

TÍA CELES.—Y con esa cruz a cuestas.

CARMEN.—Mi gusto ha sido.

TÍA CELES.—¡Qué conformidá! ¡Pobrecita!

CARMEN.—Yo es que nunca he venido por nada con Sidoro, que ya lo sabe usté. Yo es que le quiero, porque le quiero de verdá; que no le querrá ninguna como yo, seguro.

TÍA CELES.—Pero ¿tú por qué no le esperas en la calle y le pides algo siquiera pa ese hijo, so tonta?

CARMEN.—Pero ¡si lo espero! Ahora, que ya le digo a usté que no me da tiempo a naa... Me dice: «¡Adiós, morucha! ¡Ca día me ties más loco!» Me toca así la cara, que algunas veces, aunque se la alargo, no me llega, de tan corriendo que va..., y sale disparao.

TÍA CELES.—¡Claro, así...! ¿Y siempre ha sío lo mismo?

CARMEN.—Siempre. ¡Un relámpago! *(Mostrando al niño.)* ¡Y ya ve usté!

TÍA CELES.—Hija, paece mentira que a esa velocidá...

CARMEN.—Hoy, sí; hoy quisiera hablarle, que me precisa verdaderamente, que pa eso he venido. No por mí; por el chico..., que una, por una..., sabiendo que el tie salú...

TÍA CELES.—Pos vente luego, dentro de un rato, que te juro que le hablas. Yo te lo he de arreglar pa que le hables, descuida.

CARMEN.—Gracias, señá Celes. ¡Qué buena es usté pa mí! ¡Dios se lo pagará!

TÍA CELES.—Mujer, es tan poco el favor...

CARMEN.—Verle..., hablar con él... Pa mí, ¡el más grande! *(Vase.)*

TÍA CELES.—¡Ay! Esta no es como todas. Esta es de esas desgraciás que quieren de veras. ¡Pobriña! Yo le he de decir al Sidoro que la atienda. No hacerlo sería un contra Dios... ¡Y quién sabe si un día un castigo!... ¡Quién sabe!...

ESCENA V

TÍA CELES, CUSTODIO, LUCAS, ANTERO y CATALINO, por el foro. Todos hombres maduros, sin llegar a viejos. Tenorios en la primera reserva. Tipos de chulos presumidos. Visten bien, calzan mejor y son guasones y alegres de suyo.

CUSTODIO.—¡Placenteros y jubilosos, venerable anciana!

TÍA CELES.—Pero ¿es usté, señor Custodio?

CUSTODIO.—Y mi corte d'amor. Pasar, cromotipias.

ANTERO.—Salú a raudales.

LUCAS.—¡Alegría a chorros!

CATALINO.—¡Viva la vida!

TÍA CELES.—¡Vengan con Dios los hombres!

CUSTODIO.—¿Y nuestro héroe?

TÍA CELES.—Acabando de perfilarse; pero m'ha dicho que si venía la Junta direztiva del Clu, que le esperase un momento; de forma que...

CUSTODIO.—Pues pue usté decirle que aquí tie ya al vice, los dos vocalitos y el secre.

TÍA CELES.—Voy a pasarle recao.

LUCAS.—¡Que usté lo pase bien! *(Vase Tía Celes.)*

ANTERO.—¡Gran día el de hoy en este solar, consocios!

CATALINO.—¡Gran día!

ANTERO.—¡Gran día pa este solar castizo de los Mediacapas!

CUSTODIO.—Enclavao en el riñón del Madrid jaranero..., con San Lorenzo, al Sur; San Cayetano, al Norte; la alegría de Lavapiés, que somos nosotros, al Oeste, y el que lo sienta, al Este.

ANTERO.—¡Bien dicho, Custodio!

CUSTODIO.—Y naa más. Darme lumbre.

LUCAS.—¿Pa qué quies encender teas?

CUSTODIO.—¡Teas! ¡Un Julieta y Romeo naa más!

CATALINO.—Sí; pero ya divorciaos, porque hay que ver el humo...

CUSTODIO.—Boqueritas que somos.

ANTERO.—Y dime, Custodio, tú que eres un archivo cuasi viviente...: ¿de qué le viene al Sidoro el mote de Mediacapa?

CUSTODIO.—De familia. Es trasdicional, que se dice ahora.

LUCAS.—Y hace un rato.

CUSTODIO.—Pero ahora más, porque lo acabo de decir yo.

CATALINO.—Imparable en tus réplicas. Sigue.

CUSTODIO.—Pues el mote le viene de que su abuelo, que también era sastre, como sus ascensores, no bien llegaba Todos los Santos y se churruscaban las primeras castañas en las esquinas matritenses, cuando el hombre se lanzaba a la calle con su capita bordá, muy jacarandosa, pero muy cortita..., tan cortita, que al vulgo, que es de suyo refunfuñante y critiquero, le pareció que aquello no era una capa, sino media, y Mediacapa le dijeron al abuelo, Mediacapa le dijeron al padre, aunque ya la llevaba hasta los talones, y Mediacapa le dicen al hijo, aunque la lleva en su medida ponderada y natural.

CATALINO.—Yo he sentío decir que el agüelo, el padre y el hijo han sío igualitos en too.

CUSTODIO.—¡Como tres gotas de Lozoya, hoy San-

tillana. Los tres, guapos; los tres, mujeriegos; los tres juncales, y los tres, solteros.

LUCAS.—¡Caray! ¿Los tres solteros?

ANTERO.—Lo de ser soltero en esta familia es de herencia.

CUSTODIO.—Viene de padres a hijos.

CATALINO.—Creo que no ha habido más escepción que la madre de Sidoro, que era casada.

LUCAS.—Menos mal.

CUSTODIO.—Casada con un bañero donostiarra, que vestía los iviernos, naturalmente, en este establecimiento, digámoslo así, y que una matiné mandó a su señora pa que el padre de Sidoro le volviese una americana...; y el padre, que tenía lo suyo, se prendó de la portadora y empezó a dudar de si volver la americana y quedarse con la señora o volver la señora sin la ropa, y en la duda... ¡nació Sidoro!

CATALINO.—¡Así ha salío él!

ANTERO.—Mixto de casada y soltero... ¡Naa!

CATALINO.—Y de toda esta dinastía de los Mediacapas, ¿cuál crees tú que se lleva la palma?

CUSTODIO.—El aztual. Sidoro es el hacha de la familia, el as... Pero ¡el as con las cuarenta cantadas!

ANTERO.—Y que lo digas.

LUCAS.—Da usté el peso muy corrido.

CUSTODIO.—¿De qué? ¡Como mujeriego...! Yo no he conocido a Don Juan Tenorio más que por boca de don Emilio Tuller; pero ríete tú de eso de «Yo a los palacios subí, yo a las cabañas bajé...» ¡Porque Sidoro le ha batido a Don Juan Tenorio el «record» d'altura y el otro!

LUCAS.—¡Esagere usté un poco!

CUSTODIO.—¡A ver!... El de altura, porque ha tenido relaciones cinco meses con la que barre la azotea de la torre de Santa Cruz...

ANTERO.—Y en cuestión de bajar, no toma billete en el «Metro» que no trastorne a una recibidora...

CUSTODIO.—¡Lo saben las madres!

ANTERO.—Y s'aprovechan.

CATALINO.—Y en cuanto a número de víticmas, estamos en diciembre, que aún no ha vuelto la aris-

tocracia del veraneo... Bueno; pues se le puen contar las siguientes: Pepa la Guapa, Conchita la Quisquillas, Dolores la Fiadora, Carmen la de la Ronda, Amparito la Cuplé, Luisa la Tanguista, Paca la Golga; y sin profesión conocida: Pili, Patro, Petra, Tere, Pura, Tana y Rita.

CUSTODIO.—¡Y seis que firman con seudónimo!

ANTERO.—¿Naa más?

CUSTODIO.—Mirarlo. ¡Ahí sale el héroe!

LOS CUATRO.—¡Sidoro!

ESCENA VI

DICHOS y SIDORO MEDIACAPA. Aparece en la puerta de la casa, guapo, elegante, alegre y simpático. Vestido con elegancia popular, envuelto en su capa bordada y corta y agitando su sombrero ancho.

SIDORO.—¡Señores, «al revuar»!

CUSTODIO.—¡Vaya tipo!

CATALINO.—¡Vaya elegancia!

LUCAS.—¡Vaya hechuras!

SIDORO.—¿Epato?

ANTERO.—¡Epatas!

CUSTODIO.—¡Y epatarás!

SIDORO.—Epataré.

LUCAS.—¡Hurra por el Valentino de Embajadores!

LOS TRES.—¡Hurra!

CATALINO.—¡Hurra por Sidoro Perales, Mediacapa!

LOS TRES.—¡Hurra!

SIDORO.—*(Avanzando.)* ¡Gracias, queridos cólegas! Agradecido a los encomios. Y después de los gritos con que me habéis hurraao, tomar asiento en las poltronas a la vista. *(Cada uno coge un asiento, a cuál más raro: uno, un cajón; otro, un taburete; otro, un cubo, que pone del revés, y otro, una silla rota. Sidoro se sienta en media cuba de las de colar ropa.)*

TODOS.—Gracias. *(Se sientan, menos Custodio.)*

SIDORO.—Siéntate, Custodio.

CUSTODIO.—*(Por una tabla que el cajón tiene suelta.)* Espera, que a mi poltrona se le ha salido un muelle. *(Lo arregla y se sienta.)*

SIDORO.—Pues sentarse, porque es preciso que celebremos aquí mismo reunión de Junta direztiva.

ANTERO.—Pues hala... Se abre la sesión.

CUSTODIO.—Somos cinco radioescuchas. *(Se pincha y quita un clavo del cajón.)*

SIDORO.—*(Se levanta y deja el sombrero.)* Señores... Y dispensar que os llame señores; pero quiero empezar en tono de discurso, porque la cosa lo merece.

ANTERO.—Empieza como te salga. *(Se cae de la silla, que sólo tiene tres pies.)*

SIDORO.—Al levantarme, movido del deseo de hablaros, me siento conmovido, y si al levantarme me siento así, ¿que me pasará al sentarme?

CUSTODIO.—No lo sé; pero cuidado con los clavos. *(Tira el que le pinchaba.)*

CATALINO.—Silencio. Sigue.

SIDORO.—Porque hoy, señores, no sé si lo recordaréis; hoy, veinticinco del que corre, hace quince años, ¡quince años justos!, que nos reunimos en este mismo solar los cinco humoristas aquí presentes, que éramos entonces, y seguimos siendo, pa honra nuestra, la Comisión acaparadora del mujerío del barrio.

CUSTODIO.—¡Ele!

LUCAS.—¡Y que lo digas!

ANTERO.—¡Y al que le pique, que le rejoneen!

CATALINO.—Cinco tenorios de complemento.

CUSTODIO.—Terror de padres.

LUCAS.—Pánico de maridos.

CUSTODIO.—Y pesadilla de novios.

ANTERO.—¡Cinco alhajas!

CUSTODIO.—¡Como que las mujeres nos llaman el trus joyero de Embajadores!

SIDORO.—¿Naa más que eso? Bueno; pues toos recordaréis que nos reunimos aquí a mi convocatoria y que sus propuse constituir una Sociedaz que tuviese por ojeto que sus miembros se dedicasen a las conquistas amorosas; pero sin gastarse con las

mujeres ¡ni una sola perra! Por lo cual la pusimos por título El Gratis et Amore Club.

CATALINO.—¡Viva El Gratis et Amore Club!

TODOS.—¡Viva!

SIDORO.—Pues bien, señores: como hoy se cumplen los tres quinquenios de su fundación, y vivir quince años en este país, que nos reunimos aquí a mi convocatoria, y que sus propuse Flandes, con peto y todo, he pensao...

LUCAS.—¡Ha pensao!

CUSTODIO.—¡A ver qué ha pensao!

SIDORO.—Que esto hay que celebrarlo con una ensalá de honor.

CATALINO.—¡Ole!

ANTERO.—¡Que sí!

CUSTODIO.—¡Mu bien!

SIDORO.—Ensalá compuesta de los símbolos de nuestra Sociedaz: lechuga y bonito. Porque la lechuga representa la frescura, y el bonito, la belleza. Todo ello con aceite y vinagre..., que sal..., ¿pa qué más? *(Hace un desplante.)*

LOS CUATRO.—¡Mu bien!

LUCAS.—Aprobao por una...nimidaz.

ANTERO.—Por cuatro nimidades.

SIDORO.—Y después de la ensalá, como tributo conmemorativo, pienso repartir entre los socios, pa que les sirva de enseñanza, los siguientes mandamientos, que he tenido el honor de redaztar, y que voy a leeros, ya imprimidos.

LOS CUATRO.—Venga, venga.

SIDORO.—*(Leyendo.)* «Mandamientos de El Gratis et Amore Club. El primero: Amar a las mujeres sobre todas las cosas, y al prójimo, que le frazmente una esalación.»

LOS CUATRO.—¡Superior!

SIDORO.—«Segundo: Esagerar las fiestas... al bello sexo; pero suprimiendo toda clase de donativos en metálico u especie.»

LOS CUATRO.—¡En la yema!

SIDORO.—«El tercero: No desear la mujer de tu prójimo...

LOS CUATRO.—*(Con decepción.)* ¡Hombre!...

SIDORO.—... más que a las horas de oficina del susodicho u en ausencias comprobadas.»

LOS CUATRO.—¡De nen!

SIDORO.—«El cuarto: Que sea entresuelo, por si hay que salir de cabeza.»

LOS CUATRO.—¡Colosal!

SIDORO.—«El quinto: No hacerlo de ninguna de las maneras.»

LOS CUATRO.—¡Clavao!

CUSTODIO.—Y menos el quinto de cuota.

TODOS.—¡Ahí le duele!

SIDORO.—«El sesto...»

LOS CUATRO.—*(Con ansiedad.)* ¿Qué?

SIDORO.—*(Muy serio.)* Un minuto de silencio. *(Se levantan todos, se quitan los sombreros y vuelven a sentarse muy serios.)* «El sétimo: Que la mujer te ame. El otavo: Que te regale. El noveno: Que te mime. Y el décimo: Que te toque.»

LOS CUATRO.—¡Pa rebañar!

SIDORO.—Y estos diez mandamientos se encierran en dos: en no darles un real y en no tomarlas en serio ni en Cuaresma, porque las mujeres son como los caballitos del tiovivo: que te divierten siempre y cuando que no te mareen. He dicho.

ANTERO.—¡Ole! *(Aplauden.)*

CUSTODIO.—¡Estupendo!

LUCAS.—¡Brutal!

ANTERO.—¡Como tuyos!

CATALINO.—Sabiendo menos, los ties esplicando en la Universidá.

SIDORO.—Y de cómo he guardao yo estos mandamientos, toos sois testigos.

CUSTODIO.—¡Como un apóstol!

LUCAS.—¡La fija!

CATALINO.—Un inciso, Mediacapa.

SIDORO.—Dime.

CATALINO.—Por curiosidaz...: ¿qué t'han costao las ciento veintidós mujeres que has tenido desde la fundación de El Gratis hasta nuestros días festivos?

SIDORO.—¡Ni un solo céntimo, chiquillos!

ANTERO.—¿Es posible?

SIDORO.—Ni un solo real pa un mísero franqueo, porque cuando algunas me se ausentan las hago que me manden el sello pa la contestación.

CUSTODIO.—¡Tu madre!

SIDORO.—Y luego lo canjeo por cerillas.

TODOS.—*(Ríen locamente.)* ¡Ja, ja, ja!...

ANTERO.—*(Riendo.)* ¿Y no las contestas?

SIDORO.—Las mando recuerdos con un conduztor, y quedo como las rosas; pero ¡de rositas!

CATALINO.—¡Eres inmenso!

LUCAS.—*(Riendo.)* ¡Un titán!

SIDORO.—Baste deciros que, cuando tengo una conquista en el segundo límite, pido indemnización de vuelta. ¡No sus digo más!

CATALINO.—¡Enorme, chiquillo!

SIDORO.—Bueno; y ahora oírme otra cosa no menos interesante.

LOS CUATRO.—Venga.

SIDORO.—Que esta tarde, después de la merienda y el bailoteo, quiero que pongamos en este solar el primer ladrillo de la casa que voy a costruirme, oírlo bien, que voy a costruirme con el dinero que he dejao de darlas a las mujeres, recogido peseta a peseta.

LOS CUATRO.—¡Ole! ¡Bravo! ¡Los tíos!

ANTERO.—Te mereces un monumento!

CUSTODIO.—A ti te levantan algo en el Parque del Oeste.

SIDORO.—¡Es posible!

LUCAS.—¡Viva Sidoro!

LOS CUATRO.—¡Vivaaa! *(Llaman a la puerta.)*

SIDORO. Callarse, que llaman. *(Alto.)* ¿Quién es?

VOZ.—*(De hombre, fuera.)* Amor y economía.

SIDORO.—Uno de El Gratis. Tía Celes, ábrale usted.

TÍA CELES.—*(Sale y mira.)* Oye: pues no es de El Gratis.

SIDORO.—¿Que no?

TÍA CELES.—Se conoce que ha pasao un transeúnte y le ha dao la contraseña, porque la que está a la puerta es Carmen la de la Ronda.

CUSTODIO.—¡Añagazas!

SIDORO.—*(Desesperado.)* ¡Mi madre! ¡Esa pelma! Dígala usté que no estoy.

TÍA CELES.—T'ha oído. Espérate a ver si puedo convencerla pa que se vaya. *(Mutis.)*

SIDORO.—¡Sí, ande usté, por Dios!

CUSTODIO.—Pero ¿quién es esa Carmen la de la Ronda, que no te la conozco?

SIDORO.—Porque nunca he querío ni mentarla. Es esa mujer lapa que tenemos toos los hombres: que te la encuentras... en cualquier lao... Un día en un merendero, una noche en una verbena, una mañana en un tranvía; que la dices dos chirigotas, las camelas una semana y «laus deo»; pero ella se enamora de ti, se declara pelma honoraria, y ya no te la extirpas ni aunque te la amputes. Que la pegas, llora, pero te sigue; que se la pegas, sigue, pero te llora; que la vuelves la cara, se pone de frente. Ella te quiere siempre, te espera siempre y se conforma siempre. Pa arrematar: es esa mujer que nos quiere porque no la queremos, que nos sigue porque no la hacemos caso y que nos encuentra porque no la buscamos. En fin: una de esas mujeres de las que pues conseguirlo too menos que te dejen. Pues esa es Carmen la de la Ronda.

CUSTODIO.—¡Vaya un diseñito!

TÍA CELES.—*(Que entra.)* No puedo convencerla. Quiere hablarte.

SIDORO.—Bueno; pues va a sacar lo que el negro del sermón: la cabeza caliente, y los pies, «frapés». Entrar ahí y aguardar tres minutos. Veréis qué pronto la elimino. Sus brindo la faena. Dígale que penetre.

ANTERO.—¡Eres inmenso!

LUCAS.—Ahí estamos. *(Entran en la casa.)*

ESCENA VII

SIDORO y CARMEN LA DE LA RONDA, que viene de la calle.

TÍA CELES.—Sidoro, ¿por qué no la atiendes?

SIDORO.—¡Amos, tía! Usté está mochales.

TÍA CELES.—¡Es una desgraciada!

SIDORO.—Ya la he hecho feliz una semana. No tengo tiempo para más. Hay miles guardando cola.

TÍA CELES.—Al menos, ¿por qué no la das algo pa'l chico?

SIDORO.—Pero ¡usté me quié buscar a mí la ruina!

TÍA CELES.—¿Yo?

SIDORO.—¡A ver!... Le doy cinco pesetas, y en cuanto se enteren los de El Gratis, me forman Tribunal d'honor y me expulsan. ¡Naa más que eso!

TÍA CELES.—Yo, es que me da miedo que Dios...

SIDORO.—Dios es amigo. Usté dígale que pase, que yo soy cariñoso de mío, y ella disfruta naa más que con dos palabras que yo la diga.

TÍA CELES.—En fin: una..., ¿qué va a hacer? Pasa, Carmen. *(Se va a la casa.)*

CARMEN.—*(Vergonzosa, pero feliz de ver a Sidoro.)* ¡Hola, Sidoro!

SIDORO.—¡Hola!

CARMEN.—¡Dichosos los ojos que te ven!

SIDORO.—Pos déjalos que disfruten.

CARMEN.—¡Hijo, qué caro te vendes!

SIDORO.—Que todo ha subido.

CARMEN.—¡Y tú más, que vas por las nubes!

SIDORO.—Soy trimotor. Bueno; motivos de la interviú.

CARMEN.—¿Qué?

SIDORO.—Que qué deseas.

CARMEN.—Pues... ya se lo he dicho a tu tía. Y a todo esto, ¿cómo estás?

SIDORO.—Violento, pero resignao. Conque, al grano, que sabes que tengo el tiempo tasao.

CARMEN.—En bien poquito, hijo... ¡Porque con algunas lo pierdes que da lástima!

SIDORO.—Esa cuenta me la saca a mí mi tenedor de libros; tú, no. Conque, en escueto, ¿qué deseas?

CARMEN.—Pues ya te lo habrá dicho tu tía... Yo nunca te he pedío naa, Sidoro; pero ahora me veo de una forma, que... ¡si quisieras hacer algo por..., por nosotros!...

SIDORO.—Yo, con alma y vida...

CARMEN.—¡Ay, Dios te lo pagará! ¡No sabes el bien que haces!

SIDORO.—Déjame acabar. Digo que yo con alma y vida lo haría; pero...

CARMEN.—*(Con decepción.)* Ya salió el pero.

SIDORO.—... pero fíjate cómo están las cosas... Mis medios son nulos... Mi pobre tía carece de todo... Yo debo alimentarla... Yo debo atenderla...

CARMEN.—Mia, Sidoro, que me veo en las últimas; que por culpa tuya me echaron mis padres de casa; que ando con este hijo a cuestas que te costa que es tuyo...

SIDORO.—Te diré.

CARMEN.—¡Qué me vas a decir de eso, si lo he llorao cincuenta veces! ¡Tuyo! Pero ¡no me quejo, porque tan mía ha sido la culpa como tuya! La prueba que nunca te he pedío naa. ¡Y eso que pa mantenerme he tenío hasta que fregar suelos, pedir limosna, qué sé yo!

SIDORO.—¡Calla, Carmen, que me partes el alma! No sigas. Te quiero mucho pa oír esas miserias..., pero mis medios son nulos... No hay trabajo, ni quien se haga una prenda, ni quien vuelva una americana, aunque se la preste... Mi pobre tía... En fin: ¿qué voy a contarte yo?

DOLORES.—*(Entrando como una fiera.)* ¡No, no se lo cuentas a ella! ¡Más vale que se lo cuentes a tu tía, granuja!

SIDORO.—¡Dolores!

DOLORES.—¡So ladrón! ¡Yo que iba a encargar el billete p'Alhama..., que me iba esta noche! ¡Mia si yo no paso y te oigo! ¿Qué hago yo allí sin reuma?

SIDORO.—He tenido que venir precipitadamente; hija, uno no puede...

DOLORES.—¡Calla, embustero! ¡Si a ti, por no dolerte, no te duele ni el mal que haces!

SIDORO.—No creo que en mi interior...

DOLORES.—¿Interior? ¡Si tú no ties más que fachada! ¡Quita d'ahí, so farsante! ¡Y tú, hija, no te humilles a este golfo; no te rebajes a este granuja!

SIDORO.—Oye, tú...

DOLORES.—¡Más que granuja!

CARMEN.—Señora, yo...

DOLORES.—Que no te ha de dar naa... y se ha de reír de tus lágrimas, porque el cartel de estos golfos es juntar muchas que sufran por ellos.

CARMEN.—Pero eso...

DOLORES.—Déjalo, apártate de él... No le aumentes la lista.

SIDORO.—¡Dolores!...

DOLORES.—¡Vete de ahí, corazón de hiena! Que me dejes a mí, bien está... En mi casa me encontraste, y con veinte duros de sobra, y a ella me vuelvo... Un poco amargá; pero qué le voy a hacer... ¿Que dejes a otras? Anda con Dios, que esas otras ya buscarán otros; pero a esta criatura infeliz, con un hijo en brazos y con esos remiendos que van pregonando su bondad...

SIDORO.—Y tú, ¿quién eres pa meterte en cosas que no te incumben?

DOLORES.—Evitar que se burlen de un desgraciao le incumbe a too el mundo... y si no, remédiala..., dala pa que viva. ¿A que no? ¡Como que es de El Gratis, hija, y tie a gala no darle un real a ninguna! Pero ¡anda, que miá el día que te lo digo..., que una mujer ha de venir, una, que te saque lo que le has negao a todas!

SIDORO.—¿A mí?

DOLORES.—¡A ti!

SIDORO.—¡Ja, ja, ja, ja!

DOLORES.—¡Ríete, que ya te la encontrarás! ¡Y será la que menos te quiera, y en la miseria te has de ver por ella!...

SIDORO.—*(Muerto de risa.)* ¿Yo? ¿Yo en la mi..., mi...? ¡Si me ahoga la risa!

DOLORES.—¡Pues ríete a gusto, que ella te hará llorar; pero llorar lágrimas de sangre!

SIDORO.—¿A mí?

DOLORES.—¡A ti! Porque te engañará con otros, y cuando la vayas con súplicas te pisará el corazón...

SIDORO.—¿A mí una... el corazón... por...? ¡Ja, ja, ja!

DOLORES.—Y por ella, muerto, ¡muerto!, y arrastrao te has de ver... ¡y con la caperuza negra!

SIDORO.—*(Poniéndose repentinamente serio.)* ¡Oye, tú, que eso es llamarme manso!

DOLORES.—Porque lo has de ser; que una nos vengará a las demás. ¡Serías tú el primero que se librase de ese castigo!

SIDORO.—*(Ya nervioso.)* Too eso pue que me alarmara si me lo dijera una mujer como Dios manda.

DOLORES.—Yo no seré una mujer como Dios manda; pero ella será una mujer como las manda Dios pa castigar a los golfos como tú, ¡so canalla!

CARMEN.—¡Por Dios, señora, no le insulte usté!

DOLORES.—No te apures, si no le insulto; es que le digo la verdá; y cuando le dices la verdá a un granuja, paece que le insultas.

SIDORO.—*(Desesperado.)* ¡Mira, Dolores: calla, porque si no, te...! *(La amenaza.)*

DOLORES.—¡Atrévete!... ¡Que aunque tú no tienes media bofetá, te voy a dar una, pa que te hagas ilusiones!...

SIDORO.—La suerte que tienes tú...

DOLORES.—¡La suerte que tengo yo es la desgracia que tiene ésta..., que al menos me ha servío pa desahogarme!

SIDORO.—Te he conocío el veneno.

DOLORES.—¿Veneno yo? Dala veinte duros y te pido perdón de rodillas. ¿A que no? *(Calla él. A Carmen.)* ¿Lo ves? Amonos, hija; que pa que le des un biberón a ese crío aún tengo yo dos pesetas; que una no valdrá naa, pero fíjate en lo que valdrá él que no pue darte ni lo que te va a dar una mala

mujer como yo. ¡Quede usté con Dios!... Si a Dios no le da vergüenza estar con usté... ¡Que para mí que sí... ¡Puaf!... *(Se lleva a Carmen como a la rastra.)*

ESCENA VIII

SIDORO, CATALINO, ANTERO, CUSTODIO y LUCAS, que salen de la casa.

SIDORO.—¡Ja, ja..., ja, ja!... *(Quiere reír forzadamente, y no le sale la risa.)* Bueno. ¿Habéis oído? ¡Que no sé si reírme u si...! ¡Ja, ja..., ja, ja!... *(Salen todos muy cariacontecidos.)*

CUSTODIO.—*(Serio.)* ¡Cállate, hombre!

SIDORO.—He debido decirla..., y la iba a decir; pero es de esas mujeres que, como no tengas un amigo dentista, lo mejor es callarse.

ANTERO.—¡Claro! Pero, vamos, la cosa ha sido...

CATALINO.—Sí; bien desagradable.

SIDORO.—Pero, en fin... *(Tratando de volverlos a la alegría.)* ¡Señores, naa de caras largas! Esto ha sío una nube de verano.

CUSTODIO.—Y tan de verano. ¡Al menos, por lo que te ha sofocao!

SIDORO.

Que de estas cosas veréis,
si en esta casa os quedáis,

lo menos dieciséis por semana... Y ya lo dijo un amigo... No es nada: una golfa huraña; puede el baile continuar... Conque alegría y regodeo... Tía Celes, me los llevo a éstos ahí, a casa de Cayetano, pa bebernos una botella de amontillao, pa que nos borre esta visión.

TÍA CELES.—Bueno, hijo.

SIDORO.—Y mientras, usté ponga la mesa pa la merienda, que no tardaremos con los convidaos.

TÍA CELES.—¡Descuida!

SIDORO.—Y naa, señores... ¡Viva el buen humor!

TODOS.—*(Sin entusiasmo.)* Viva.

SIDORO.—¡Mia que amenazarme a mí con que si una mujer me iba a dejar en la...! *(Forzando la risa.)* ¡Ja, ja, ja!

LOS CUATRO.—*(Forzándola también.)* ¡Ja, ja, ja!

SIDORO.—Y se iba a burlar de... ¡Ja, ja, ja!

LOS CUATRO.—*(Lo mismo.)* ¡Ja, ja, ja! *(Se van todos riendo, pero sin ganas.)*

ESCENA IX

TÍA CELES; luego, BLANQUITA, que viene de la calle.

TÍA CELES.—Pero ¡qué tarasca de esa Dolores! ¡Qué gritos le ha dao y qué maldiciones! Porque, vamos, otras vienen, dan cuatro voces, lloran; pero sale él, las dice dos chirigotas... y se van sin naa, pero tan contentas. ¡Que si se descuida lo amarga el día la golfa esa! ¡Pobre hijo! Pero ¿por qué l'hacen caso? ¡Si ya saben cómo es! ¡Las tontas somos las mujeres, que sabemos cómo son los hombres y luego nos quejamos de que no sean como nosotras queremos que sean! Pero ¡si son como son, señor!... *(Lo dice recogiendo alguna ropa de la tendida.)*

BLANQUITA.—*(Entrando. Es una muchachita madrileña, bien vestidita, humilde y modosa al parecer, con los ojos bajos. Trae envuelta en un pañuelo una prenda de ropa.)* Buenos días. *(Da tres pasos dentro del solar y se queda parada.)*

TÍA CELES.—¿Quién?

BLANQUITA.—Servidora. ¿Se pue pasar?

TÍA CELES.—Ya ves que sí. Y tú, ¿qué quieres, chica?

BLANQUITA.—Pues naa; que venía, que... soy la hija de la señá Társila...

TÍA CELES.—¿La del siete de la cae los Abades?

BLANQUITA.—Sí, señora; la que cose pa aquí.

TÍA CELES.—¿Y a qué t'ha mandao?

BLANQUITA.—Con esta prenda, y a que le dijese al señor Sidoro que l'ha ajustao a la prueba, remetiéndole lo que l'ha marcao de la sisa y lo poco de la bocamanga..., y que está a falta de botones, porque no sabía si tenían que ser de pasta u de los otros.

TÍA CELES.—Bueno; pues, hija, too eso, a él; conque siéntate y espéralo, que no pue tardar.

BLANQUITA.—Sí, señora; con su permiso. *(Se sienta. Pausa.)* Ese gato rubio que había en la puerta, ¿es de ustedes?

TÍA CELES.—Es gata.

BLANQUITA.—¿Gata? No m'había fijao. Muy bonita. *(Pausa.)* ¿Quie usté que la ayude a quitar la ropa?

TÍA CELES.—Gracias. Pa lo que queda... *(Quita las dos cosas que quedan.)*

BLANQUITA.—Una, poco o mucho, la buena voluntá. ¡Ya ve usté!...

TÍA CELES.—Sí, hija. *(Vase con la ropa seca a la casa.)* Es simpática esta chica.

BLANQUITA.—*(Después de una pausa.)* ¡El solar de Mediacapa!... ¡Le tienen todas las chicas un miedo!... Yo, no.

ESCENA X

BLANQUITA y SIDORO, que viene de la calle.

SIDORO.—...que esa Dolores no tie educación; porque, vamos, mia que decirme a mí que..., que si una mujer, que si arrastrao, que si llorando de celos... ¡Amos, que es humor!... ¿Qué me tenía a mí que pasar por eso?... *(Advierte la presencia de Blanquita.)* ¡Caray, una chica!

BLANQUITA.—Servidora.

SIDORO.—No t'habia visto.

BLANQUITA.—Ya lo he visto.

SIDORO.—¿Y qué haces ahí?

BLANQUITA.—Esperando.

SIDORO.—¿A mí?

BLANQUITA.—Sí, señor.

SIDORO.—¿Qué querías?

BLANQUITA.—Soy la hija de la señáÁrsila, la que cose p'aquí..., y traigo...

SIDORO.—¡Ah, sí! La levita de señora que le mandé ayer.

BLANQUITA.—Sí, señor.

SIDORO.—¿Arreglada?

BLANQUITA.—Sí, señor; a falta de botones, porque no sabía mi madre si tenían que ser de pasta u de...

SIDORO.—Bueno, bueno... Siéntate.

BLANQUITA.—Gracias. *(Se sienta. Pausa.)*

SIDORO.—*(La mira con insistencia. Ella tiene los ojos bajos; pero los levanta, le observa, mira al Señor Sidoro, sonríe y los vuelve a bajar.)* ¡Qué ojos tiene esta chiquilla. ¿De qué te ríes?

BLANQUITA.—No... De nada. *(Le mira y los vuelve a bajar.)*

SIDORO.—De nada no se ríen más que los tontos.

BLANQUITA.—Pue que yo lo sea.

SIDORO.—No ties cara de eso.

BLANQUITA.—No sé. *(Le mira, vuelve a sonreír y baja los ojos.)*

SIDORO.—¿No será que te ríes de mí?

BLANQUITA.—¡Ay por Dios! ¿Quie usté callar?

SIDORO.—Entonces, ¿es que estás contenta?

BLANQUITA.—¿Por qué no?

SIDORO.—¿Y hacía mucho que esperabas?

BLANQUITA.—Un ratito. *(Se miran. Ella baja los ojos.)*

SIDORO.—*(Aparte.)* ¡Caray, qué mona es!... Y tú, ¿cómo te llamas, nena?

BLANQUITA.—Blanca.

SIDORO.—¡Tan morena como eres!

BLANQUITA.—Es en lo único que engaño.

SIDORO.—¿Naa más?

BLANQUITA.—Naa más.

SIDORO.—Oye, negra; digo, Blanca: y tú, ¿tendrás novio?

BLANQUITA.—No he tenido nunca quien me dijera: «Buenos ojos tienes.» Verdá es que no los tengo.

SIDORO.—¡Pues los tienes, y bien bonitos, y bien claros, y bien negros!

BLANQUITA.—¡Ay por Dios, qué exagerao!

SIDORO.—Oye, Blanca: ¿y no te gustaría a ti tener un novio?

BLANQUITA.—Sí, señor.

SIDORO.—Encontrar un chavalillo que te...

BLANQUITA.—Chavalillo o como fuese...; gustándome a mí...

SIDORO.—*(Aparte.)* ¡Caray! *(El la mira; ella, también.)*

BLANQUITA.—¡Ja, ja!... *(Baja los ojos.)*

SIDORO.—¿Te gustan los hombres hechos?

BLANQUITA.—Sí, señor... Los que no están hechos, hasta que los acaben, ¿verdá usté?... ¡Je, je! *(Ríe.)*

SIDORO.—¡Ja, ja! *(Riendo.)* ¡Mia que es salada ella. *(Abordándola ya francamente.)* Oye, nena: y tú, ¿has venido aquí otras veces?

BLANQUITA.—¡Sí, señor; sino que usté no s'ha fijao!

SIDORO.—¿Dónde tendría yo los ojos?

BLANQUITA.—Yo se los he visto a usté tos los días en el mismo sitio.

SIDORO.—Pues no te conocía, palabra. ¿Y tú a mí?

BLANQUITA.—¡Anda!

SIDORO.—¿Anda qué?

BLANQUITA.—¿Que quién no le conoce a usté? ¡Y poco que hablan de usté las chicas del barrio!...

SIDORO.—¿De mí?

BLANQUITA.—¡Le tien a usté un miedo!...

SIDORO.—¿Y tú no?

BLANQUITA.—¡Ya lo ve usté. *(Baja los ojos.)*

SIDORO.—Pues naa más que por eso te voy a comprar yo a ti lo que te dé la gana.

BLANQUITA.—¡Ay! ¿Y qué me va a comprar usté a mí?

SIDORO.—Pues te voy a comprar un sí, señor, y un no, señor, con cuerda pa un año.

BLANQUITA.—¡Ay qué gracia! ¿Y pa qué quiero yo eso?

SIDORO.—*(Muy insinuante.)* Pa que cuando los demás te pregunten que si los quieres, digas que «no,

señor»; y cuando te pregunte yo que si me quieres, me digas que «sí, señor».

BLANQUITA.—¡Ay qué risa! Bien dicen que es usté...

SIDORO.—¿Qué?

BLANQUITA.—Bueno; me voy. *(Inicia el mutis.)*

SIDORO.—Di qué soy, o no sales de aquí... *(La coge de los brazos.)*

BLANQUITA.—¡Amos, suélteme usté!

SIDORO.—Dilo, o quedas presa.

BLANQUITA.—¿Presa? ¿Es que soy mala?

SIDORO.—Una gloria.

BLANQUITA.—Entonces...

SIDORO.—¿No quieres que te lleve al calabozo?

BLANQUITA.—¡Hasta que sea más mala, no!

SIDORO.—Bueno; pues págame una multita por no habérmelo dicho. *(La quiere besar.)* ¡Anda!...

BLANQUITA.—¡Amos, que no sea usté pesao! *(Trata de desasirse.)*

SIDORO.—¡La multita!... *(Hace otro esfuerzo para besarla.)*

BLANQUITA.—¡Que no! *(Le da una bofetada que lo atonta. Aparece en la puerta la Señá Társila.)*

SIDORO.—*(Por la bofetada.)* ¡Mi madre!

BLANQUITA.—*(Al ver a Társila.)* ¡Mi madre!

SIDORO.—¿Te duele la mano?

BLANQUITA.—¡No, que lo digo por mi madre!... Que... *(La señala.)*

SIDORO.—*(Se vuelve y la ve.)* ¡Tu madre!

ESCENA XI

DICHOS y SEÑÁ TÁRSILA.

TÁRSILA.—*(Indignada, en la puerta.)* ¡Muy bonito!

BLANQUITA.—*(Asustada.)* ¡Madre!...

TÁRSILA.—¡Y sobre too, muy decente!

BLANQUITA.—Es que...

TÁRSILA.—¿A ti te parece bien, tu madre esgarrán-

dose a trabajar en casa y tú aquí jugando con ese señor?

SIDORO.—¡Y tan jugando!... *(Por las muelas.)* Como que una me va a saltar y la otra me está bailando.

BLANQUITA.—¡Madre, si yo es que...!

TÁRSILA.—¡Calla, si no quies que te esgarre, so bribona!

BLANQUITA.—¡Ay! Pero, madre...

TÁRSILA.—¡No hay madre que valga!... Que llevas media hora aquí, y vengo y te encuentro de chirigota y de... ¡No sé cómo no te...! *(La amenaza.)*

SIDORO.—¡Amos, no la regañe usté, señá Társila!

TÁRSILA.—Si no la regaño, Sidoro; pero, vamos, ¿a usté le paece bonito media hora sola con un hombre?... ¡Te vas aficionando demasiado al solar!

BLANQUITA.—¡Ay, no me diga usté eso!

TÁRSILA.—No me diga usté eso, no me diga usté eso..., ¡y en casa estás piando todo el día pa venir con cualquier pretesto!...

BLANQUITA.—¡No es verdá!

SIDORO.—*(Aparte.)* ¡Atiza con la niña!

TÁRSILA.—Pues el día que lo sepa tu padrastro, es el último de tu vida; que ya sabes lo que nos tiene dicho: que si queremos que vaya a presidio, que frecuentemos este solar.

SIDORO.—¡Caray! ¡No será pa tanto!

TÁRSILA.—¡Y sabiéndolo esa mosquita muerta, viene y se está media hora aquí!... ¡Amos, como me lo hagas otra vez, es que te doy una bofetá que te...! ¡Sí, llora, llora, so hipócrita! *(Blanquita sale del solar.)*

SIDORO.—¡Por Dios, no la regañe usté más, que s'apura mucho!

TÁRSILA.—¡No l'haga usté caso! ¡Si esa chica es como Dios l'ha hecho!

SIDORO.—*(A Társila, muy significativo y en voz baja.)* ¡Y que se ha esmerao!

TÁRSILA.—*(Confidencial, a Sidoro.)* ¡Amos, no me haga usté de reír, que...! ¡Qué hombre este!

SIDORO.—*(Muy expresivo.)* ¡Por supuesto que el molde...! ¡Vaya canela maternal!

TÁRSILA.—¡Amos, Sidoro, que pa toas tiene usté una mijita!...

SIDORO.—Si le llama usté mijita a una buena voluntá... Aquí sí que se puede decir: «De tal palo, tal astilla.»

TÁRSILA.—Sí, sí... De tal palo... ¡Que le oiga a usté mi marido, y ya verá usté el palo!...

SIDORO.—¡A mí, cuando una mujer me gusta, viene el marido, me embalsama y sigo en mis trece!

TÁRSILA.—¡Huy, trece! ¿No es usté supersticioso?

SIDORO.—¡Por usté soy lo que haga falta! ¡Hasta peón de música!

TÁRSILA.—¡Pa creérselo, si una no fuera vieja!

SIDORO.—¡Chis!... *(Le tapa la boca.)* ¿Vieja usté? Madura, que no es lo mismo.

TÁRSILA.—¡Y que he tenido mis quince!

SIDORO.—Pero ahora está usté en lo mejor de sus treinta y cinco.

TÁRSILA.—Más.

SIDORO.—Treinta y seis.

TÁRSILA.—Más.

SIDORO.—Treinta y siete y medio.

TÁRSILA.—¡Qué despacio sube usté!

SIDORO.—Que me canso mucho y tengo que ir poco a poco.

TÁRSILA.—Pero ¡qué hombre éste! *(Ríe.)*

SIDORO.—Y, además, me es igual. ¡Tiene usté ciento, y no sabe usté las fiestas que yo le haría en el centenario!

TÁRSILA.—¿De veras?

SIDORO.—¡Que nos entierren juntos si miento!

TÁRSILA.—¡Ay, pero qué tío! Se comprende que las vuelva lo... ¡Ay, lo que iba a decir! ¡Ja, ja, ja! *(Ríe locamente.)*

SIDORO. Dígalo usté, ande; dígalo usté. *(Ríe también, y le coge una mano.)*

TÁRSILA.—¡Sidoro!

SIDORO.—¡Ársila!

TÁRSILA.—¡Suélteme usté, que me pone nerviosa!

SIDORO.—¡Tie usté que pagarme una multita!

TÁRSILA.—¿Qué multita? *(Sidoro da dos besos en el aire.)* ¡Ay, qué tío! La mano... No juegue usté...

SIDORO.—Cuando yo juego, soy mano.

TÁRSILA.—Pues yo, postre... Conque quieto, ¡so golfante! *(Juguetean y se pegan.)*

BLANQUITA.—*(Volviendo a entrar.)* Pero ¡madre!...

TÁRSILA.—¡Ay, la chica! *(Se sueltan.)* ¡No m'acordaba!

BLANQUITA.—Pero ¿es que no nos vamos?

TÁRSILA.—Hija, si es que...

BLANQUITA.—¡Que lleva usté aquí media hora!

TÁRSILA.—Sí; pero...

BLANQUITA.—Y ya sabe usté lo que dicen de toa la que se entretiene en este solar...

TÁRSILA.—¡Ay, por Dios, hija! Pero ¿es que vas a suponer...?

BLANQUITA.—No supongo nada; pero si me callo, se está usté aquí hasta el Corpus... Yo estaba en casa creyendo que venía usté detrás.

SIDORO.—*(Aparte.)* ¡Tiene celos! ¡Ya es mía!

TÁRSILA.—¡Ay! Pero ¿oye usté? Por cinco minutos que una...

BLANQUITA.—Sí; pero en estos cinco minutos viene mi padrastro, con el genio que tiene, y hemos hecho toos las diez de últimas.

TÁRSILA.—¡Huy, por Dios! ¿Tu padrastro aquí? ¡No pronostiques desgracias!

SIDORO.—¡Caray! ¿Cómo desgracias?

TÁRSILA.—No; que como sabe usté lo que se cuenta en el barrio de este solar, y mi marido es tan celoso, pues nos ha dicho infinidá de veces que si queremos verle en presidio que nos encuentre un día aquí.

BLANQUITA.—¡No, y que él lo hace!

SIDORO.—¡Caray! Pues por mí no se detengan ustedes... He tenido tanto gusto... Ya saben dónde tienen su casa...

TÁRSILA.—¡Sí, porque no es vivir con ese hombre! Cómo será de celoso, que de recién casao estuvo tres años en presidio... Y too fué porque un día e Carnaval pasó un pobre chico y me echó tres confetis, que no fueron más.

SIDORO.—¿Tres confettis tres años? ¡Pues si le echa a usté un puñao, cadena perpetua!

TÁRSILA.—¡Qué paliza le pegó! ¡Muertecito le recogieron!

SIDORO.—¡Pues por mí no se detengan ustedes! He tenido tanto gusto. Ya saben dónde tienen su casa.

ESCENA XII

DICHOS e ISMAEL SOPENA, por el foro.

ISMAEL.—*(Entra y queda apoyado en uno de los soportes de la puerta del solar, mirando fieramente a la Señá Társila y a Blanquita.)* ¡Me lo temía..., y hételo aquí!

TÁRSILA.—*(Aterrada.)* ¡Ismael!

BLANQUITA.—¡Santo Dios!

SIDORO.—¡Atiza!

ISMAEL.—¿Qué hago yo en presidio cinco años?

SIDORO.—¡Mi madre!

TÁRSILA.—¡Jesús divino!

ISMAEL.—¿Qué hago yo en presidio cinco años?

SIDORO.—*(A la Señá Társila.)* ¿A quién se lo pregunta?

TÁRSILA.—No sé. ¡Me da miedo!

BLANQUITA.—¿Ve usté cómo yo se lo decía?

TÁRSILA.—¡Calla!

ISMAEL.—¿Qué hago yo en presidio cinco años?

SIDORO.—No ir.

ISMAEL.—Es inevitable.

SIDORO.—Pero, hombre, ¿por qué?

TÁRSILA.—*(Suplicante.)* Mira, Ismael...

ISMAEL.—El concepto que tengo de la honra, ¿es de ahora? *(A la chica.)* Mi miedo a que se mancille tu pundonor si ponías los pies en este solar, ¿es de ahora? Mi súplica de que velarais por nuestra reputación inmaculada, ¿es de ahora?...

SIDORO.—Yo le contestaría; pero ¡con esa cara...!

ISMAEL.—Os pregunto una cosa... Debíais saberla... No me contestáis... Os dejo suspensas con mi presencia... ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo yo hacer? ¿Qué debo yo hacer?

SIDORO.—Hombre...

ISMAEL.—¡Usté se calla!

SIDORO.—¡Como pregunta usté!...

ISMAEL.—Me lo estoy preguntando a mí mismo, y aún no me he contestao.

TÁRSILA.—Pero, Ismael, haste cargo que...

BLANQUITA.—Comprenda usté que nosotras...

ISMAEL.—No, no os excuséis; es inútil. Ya conocéis mi pensamiento, porque os lo vengo repitiendo día tras día...: la mujer que pise este solar, holla la reputación del marido, holla la honra del hijo, holla el honor del padre, holla...

TÁRSILA.—¡Por Dios, Ismael, que creo que te excedes!

ISMAEL.—Conque a callar y a sufrir las consecuencias, que bien claro os lo dije siempre... Dejarme sin pan que llevar a mi boca; dejarme sin ropa que cubra mis carnes, sin suela con que pisar las baldosas; pero dejarme la honra inmaculada, el honor limpio y puro... Que pases tú por la calle y que yo diga: «Esa castaña, gruesa, algo velluda, es mi mujer», y que la gente salude con respeto... Que yo diga: «Esa joven esbeltita y morena es mi hijastra», y que la gente salude con respeto... Que yo diga: «Esas dos mujeres velan por mi honra», y que saluden todos...

TÁRSILA.—Pero ¿tú nos has tomao por el palco de la Presidencia?

ISMAEL.—Pero ¡no!... Todo lo contrario... Hace un momento estaba yo a la puerta de mi casa leyendo «El Imparcial», que aquí lo traigo... *(Al sacarlo del bolsillo le cae una navaja enorme, la recoge y se la guarda.)*

SIDORO.—¡Mi tía!

ISMAEL.—... cuando se me arrima la señá Paca la Costales y me dice que estabais en el solar... Me quedé amarillo como la cera; con este pañuelo limpié el sudor frío que inundó mi frente... *(Al sacarlo, le cae una pistola del bolsillo; la recoge y se la guarda.)*

SIDORO.—¡Mi agüela!...

ISMAEL.—... y eché a andar. Las comadres del barrio me miraban y se reían. ¿Qué pensamientos se-

cretos rumiaban sus frentes? ¡Yo lo sé!... Y como lo sé y yo prefiero vivir en la cárcel a vivir en la deshonra..., ¡que me lleven a la cárcel!

SIDORO.—Es que a usté no le lleva nadie a la cárcel estando yo aquí.

ISMAEL.—Es que usté no va a estar aquí ni cinco minutos.

SIDORO.—Hombre...

ISMAEL.—Sé que a usté no le importa puñalada más o menos.

SIDORO.—Le diré a usté: puñalada menos, no me importa; pero puñalada más, me preocupa bastante. ¡Pa qué voy a engañar yo a una persona seria!

ISMAEL.—Todo inútil. Mi mujer y mi hijastra llevan aquí el tiempo necesario pa que la gente las señale con el dedo y se ría de mí. Y eso, no. Si tiene usté armas en el bolsillo, eche p'alante.

SIDORO.—¡Señor Ismael!

TÁRSILA.—¡Ismael!

BLANQUITA.—¡Por Dios!

ISMAEL.—Y si no las tiene, cójalas y camine sin gritos ni alharacas.

SIDORO.—¡Por Dios, señor Ismael, que está usté ocecao!

BLANQUITA.—Cálmese usté, que se lo vamos a decir too... Que no hemos venido más que un momento...

SIDORO.—¡Claro, hombre! Como que han venido casi después que usté.

TÁRSILA.—Y si hemos permanecido aquí, no ha sido pa deshonrarte, sino todo lo contrario.

ISMAEL.—¿Cómo lo contrario?

TÁRSILA.—Pues claro: pa velar por tus intereses.

SIDORO.—Naturalmente.

TÁRSILA.—Y proporcionarte un negocio honrao y lucrativo en que pudieras ganarte un pedazo de pan.

SIDORO.—Ahí está. *(Aparte.)* ¿Qué le irán a decir?

TÁRSILA.—¿Es eso pa que nos pongas como nos pones?

ISMAEL.—A ver, a ver...

TÁRSILA.—Pues naa: que el señor Sidoro, como sabes, va a costruir una casa en este solar, y le he-

mos dicho que tu primo Desiderio y tú sois contratistas y le podíais hacer la obra por una friolera!

ISMAEL.—¡Ah, vamos! Claro, el que no sabe es como el que no ve.

SIDORO.—¡Ve usté, hombre!

BLANQUITA.—Le hemos dicho que se pusiera de acuerdo con usté, y si se convenían...

SIDORO.—¡Eso era todo!

ISMAEL.—Bueno, bueno, bueno; la cosa cambia. Y perdone, amigo Sidoro; pero uno es tan celoso de su honra... ¡y tie usté una famita!...

SIDORO.—¡Pchssss!

ISMAEL.—Pero pa ganarme un pedazo de pan honradamente voy yo al infierno, si hace falta. ¡Conque cinco años de presidio que me ahorro, un amigo que gano y pue... que algunas pesetas!

SIDORO.—Desde luego.

ISMAEL.—¿Cuándo empezamos la obra?

SIDORO.—Hombre, prisa, prisa... no corre.

ISMAEL.—Bueno; entonces, mañana.

SIDORO.—No; pero es que... antes yo quisiera...

ISMAEL.—*(Categóricamente.)* Mañana. A mí, cuando se me encarga una cosa, se me encarga en serio. Voy a tomar medidas. *(Saca un decámetro de manivela.)*

ESCENA XIII

DICHOS y CUSTODIO, por el foro.

CUSTODIO.—*(A Sidoro.)* ¿Qué hacemos tú? ¡Que están ya esperando los de El Gratis! ¿Venimos a merendar?

SIDORO.—Aguarda un momento. ¿Ves ese grupo escultórico?

CUSTODIO.—Sí.

SIDORO.—Bueno; pues la chiquilla...

CUSTODIO.—¡Vaya niña!

SIDORO.—Loquita por mí. La madre...

CUSTODIO.—¡Vaya jamón!

SIDORO.—¡Camelada por mí! Y el padre...

CUSTODIO.—¿Qué?

SIDORO.—Más tonto que una tartana. *(Risas.)*

CUSTODIO.—¡Vaya tipo!

SIDORO.—¡Como que pa disponer de su familia femenina le he hecho creer que va a ser el contratista de mi casa!

CUSTODIO.—¡Vaya memancio! ¿Y qué hace con esa cinta?

SIDORO.—Midiendo el terreno. Y mientras él centimetrea, me voy yo a beber unas copitas con su hija mano a mano. De forma que diles a ésos que no vengan; pero asomaros por la valla dentro de un rato, y veréis mi aztitú apasionada con la niña, mientras el papá anda a gatas por el solar tomando medidas liniales...

CUSTODIO.—Bueno; ¡eres inmenso, Sidoro!

SIDORO.—¡Esta hazaña me inmortaliza! ¡No dejéis de asomaros, que os vais a reír!

CUSTODIO.—Sí, hombre, sí... Hasta ahora, y enhorabuena.

SIDORO.—¡Amor y economía! *(Se dan la mano. Vase Custodio. A Ismael.)* ¿Qué está usté oservando?

ISMAEL.—Carculando a ojo. ¡Tie uno tanta costumbre!... Se le puen dar a esto doce metros de... por catorce de... Le va a quedar a usté una finquita como pa los ángeles. *(A su mujer.)* Tenme aquí el decámetro.) *(Sigue midiendo.)*

SIDORO.—*(Aparte, a Blanquita.)* Oye, nena.

BLANQUITA.—*(Con temor.)* Cuidao.

SIDORO.—Gracias por haberme sacao del apuro.

BLANQUITA.—¡Ay, tengo una alegría!

SIDORO.—¿De qué?

BLANQUITA.—De que mi padrastro y su primo se encarguen de hacerle a usté la casa, porque con ese motivo me podré yo pasar aquí el día enterito.

SIDORO.—¿Y pa qué quies tú venir tanto?

BLANQUITA.—Pues pa... *(Le mira ruborosa. Baja los ojos.)* ¡Je, je!

SIDORO.—Pero ¿es que tú me quieres?

BLANQUITA.—Pero ¿es que a usté se lo tien que escribir?

SIDORO.—¿Y cuántos besos me vas a dar tú a mí?

BLANQUITA.—¿Qué número tie usté del teléfono?

SIDORO.—El cincuenta y un mil nuevecientos sesenta y cuatro.

BLANQUITA.—Pues cinco más.

SIDORO.—¡Tu madre!

BLANQUITA.—A mi madre, ni una palabra, ¿eh? Ni a ninguna. Quiero ser yo solita, ¿eh?

SIDORO.—Hablaremos de eso.

BLANQUITA.—¡Si no soy sola, ni esto! Si soy sola..., ¡una esclava!

SIDORO.—¿De veras?

BLANQUITA.—Usté lo verá.

SIDORO.—Oye, nena: adelántame uno. *(Indicando el beso en los labios.)*

BLANQUITA.—Espere usté que no miren.

ISMAEL.—*(Se acerca.)* Bueno; aquí habrá una sirvienta.

SIDORO.—Sí, señor. *(Llamando.)* ¡Tía Celes!...

TÍA CELES.—*(Saliendo.)* Manden ustés.

ISMAEL.—*(Aparte.)* A esta señora la he visto yo de centenaria en «La Voz». *(Alto.)* Tráigame una botella de vino; desde luego, blanco; preferible, seco; mejor, amontillao.

TÍA CELES.—Está bien.

SIDORO.—Y cuatro copas.

ISMAEL.—Dos.

SIDORO.—Pero, hombre, si somos...

ISMAEL.—Dos. Vosotras...

SIDORO.—A mi lao.

ISMAEL.—... a casa.

SIDORO.—¡Hombre!

ISMAEL.—A casa, que tenemos que hablar el señor y yo de cosas serias, y las faldas estorban... cada día mas.

BLANQUITA.—Pero, padre, si...

TÁRSILA.—¡Pero Ismael!

ISMAEL.—A casita he dicho. Conque mutis. *(Por silencio.)* Y mutis. *(Por largarse.)*

TÁRSILA.—Bueno; pues adiós, señor Sidoro; una quisiera, pero... quien manda, manda.

SIDORO.—¡Adiós, señáÁrsila! *(Aparte, a Blanquita.)* ¡Adiós, Blanca!

BLANQUITA.—¡Adiós, negro! *(Se dan la mano y se miran apasionadamente.)*

SIDORO.—*(Aparte.)* ¡Es mía! ¡Qué mirada! ¡Es una gloria esa nena! Vaya movimiento, vaya gracia, vaya cuerpo.

TÍA CELES.—*(Saliendo con él.)* Aquí está el vino.

ISMAEL.—*(Imperativo.)* ¡Sirva y aléjese! *(A Sidoro.)* A sentarse.

SIDORO.—*(Se sienta.)* Usté dirá.

ISMAEL.—Bueno; pues ahora, amigo Sidoro..., pa arquitezto, planos, deliniantes y demás gastos preliminares..., me va usté a dar, me va usté a dar dos mil quinientas pesetas.

SIDORO.—*(Aterrado.)* ¡Caray! Oiga usté: que... esa suma no...

ISMAEL.—¿Qué lleva usté encima?

SIDORO.—Pues llevaré unas seiscientas o setecientas...

ISMAEL.—Vengan.

SIDORO.—Bueno; pero es que yo... las cantidades anticipadas no...

ISMAEL.—*(Con ira.)* Pero ¿es que va usté a recelar de mí?

SIDORO.—¡Hombre, no, por Dios! No es eso... Pero, vamos...

ISMAEL.—Vengan. *(Se asoman a la valla los de El Gratis con ánimo de morirse de risa.)*

SIDORO.—*(Saca con pesadumbre la cartera.)* Bueno; por no tener una cuestión, pues..., ciento, doscientas, trecientas...

ANTERO.—¿Y de qué nos íbamos a reír?

CUSTODIO.—Oye, tú: pero ¿y la chica?

SIDORO.—... cuatrocientas, quinientas, seiscientas...

CUSTODIO.—Pero ¿qué cuentas?

SIDORO.—Ya os contaré... Setecientas, ochocientas... Ya os contaré, ya os contaré... Nuevecientas... Ya os contaré, ya os contaré... *(Ismael se va guardando el dinero en la cartera.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una calle relativamente ancha en los barrios bajos de Madrid, y que atraviesa la escena de derecha a izquierda. Por el foro derecha baja otra calle, que hace ángulo recto con la primera. En la casa del primer término derecha, un bar, con veladores y sillas en la acera. Los balcones del piso bajo de una casa modesta que hace esquina a las dos calles son practicables y tienen cristales y visillos. La puerta de la casa, practicable también. Es de día.

ESCENA PRIMERA

SIDORO, sentado delante de una mesa del bar, lee un periódico, fuma un puro y bebe un vaso de refresco por una pajita. Está impaciente, inquieto, mirando con insistencia a los balcones del piso bajo de la casa de enfrente. LAURO y RAFA, dos obrerillos, en otro velador, beben cerveza. Llegan, apenas levantado el telón, PARROQUIANAS 1.ª y 2.ª, y se sientan en otra mesa. En otra están sentados un PALETO y una MOZA de garbo, que lleva la falda muy corta y tiene cruzadas las piernas. Sirve las mesas del bar un CAMARERO joven, dicharachero y alegre, que lleva una chaquetilla blanca, muy sucia.

PARROQUIANA 1.ª—*(Palmotea.)* ¡Camarero!
CAMARERO.—¿Qué va a ser?
PARROQUIANA 1.ª—A mí, una bolita.
PARROQUIANA 2.ª—Yo, media caña.
CAMARERO.—Volando. *(Vase a servir.)*
RAFA.—Oye, Lauro...
LAURO.—¿Qué quieres, Rafa?

RAFA.—¿Tú sabes cómo se cazan los pardillos?

LAURO.—Con liga. Y si no, ¡fíjate! *(Por la moza.)*

MOZA.—Pero ¿es que se me ven?

PALETO.—¡Ay, qué ladrones!

MOZA.—¡Se van a meter con nosotros lo menos!

PALETO.—Déjalos.

CAMARERO.—*(Que, al salir con el servicio, ve pasar una muchacha, se va tras ella, piropeándola.)* Adiós, Paquita. ¡Bendito sea lo bueno que pasa por esta calle! ¡Lo salao en el mundo! ¡Es que te comía, pero que te comía!

MUCHACHA 1.ª—*(Dándole con la mano en la bandeja.)* ¡A servir!...

SIDORO.—Oye, tú, camarero: no le vayas a dar el bocadillo a esa joven, que te lo he pedido yo.

CAMARERO.—¡Es que pasa cada socia! ¡Mi madre! Bocadillo. *(Lo deja.)*

LAURO.—Oye, camarero: una curiosidaz...

RAFA.—Si es que se pue tener una curiosidaz contigo...

CAMARERO.—Usté dirá.

LAURO.—¿Tú de dónde eres?

CAMARERO.—De la Mancha.

LAURO.—¿De cuála?

CAMARERO.—No hay más que una.

LAURO.—Será en el mapa..., porque en tu chaquetilla pasan de diecisiete mil.

CAMARERO.—Pero son del año pasao.

LAURO.—¡Quia! Las tienes que se puen jubilar. Anda, anda, que el que te convide a ti a quita manchas se gasta seis mil duros. ¡Gachó!

CAMARERO.—¡Guasones! *(Va a la mesa de las Parroquianas 1.ª y 2.ª)* Bolita. Media caña. *(Lo deja, y ve pasar a otra muchacha y sale tras ella.)* ¡Ole lo rico del mundo! ¡Bendita sea la gracia serrana que se pasea por...!

MUCHACHA 2.ª—*(Cogiendo algo de la bandeja.)* ¿Se puede tomar esto?

SIDORO.—¡Camarero!

CAMARERO.—Vaaa.

SIDORO.—Una chica; pero no de las que pasan.

CAMARERO.—¿Aguila?

SIDORO.—¡Maú!
CAMARERO.—Volandillo. *(Vase.)*
LAURO.—*(Cantando, con música de copla popular.)*

Vuela, inocente pardillo;
te lo digo por tu bien,
que te vas a ver sin plumas
y frito en una sartén.

MOZA.—¡Maldita sea tu estampa ladrona! *(Palmoteando.)* ¡Mozo!
CAMARERO.—*(Asomándose.)* Mande usté.
MOZA.—Una hoja de lechuga pa ese grillo.
LAURO.—¡Caray, qué mala pata tie la señora!
RAFA.—*(Riendo.)* ¡Mala pata, y tie seis!
LAURO.—¿Cómo seis?
RAFA.—Las dos suyas y las cuatro del socio.
PALETO.—*(Se levanta.)* Oiga usté, pollo.
MOZA.—Déjalos, Ufrasio.
LAURO.—¿Qué pasa?
PALETO.—Que como nos entone otra coplita, le voy a poner a usté la cara de bofetás como pa que se la coloquen de disco en un gramófono y toque el «¡Ay, ay, ay!» ¡Aquí también se ratimaguea!
LAURO.—No hay que atufarse, amigo; que no s'ha encendío el cok.
PALETO.—De pueblo, pero con istalación eléctrica. *(Se vuelve a su mesa.)* Callaos pa un rato. Sigue con lo de tu tío.
SIDORO.—Bueno; yo ya no sé qué tomar ni en qué entretenerme. *(Mira el reloj.)* Que llevo aquí cuatro horas, y esa chica sin asomarse, habiendo sido ella la que me ha citao. ¡Y así ocho días seguidos! ¡Esto no me lo ha hecho a mí ninguna! *(Se fija.)* Calle, ahora parece que el visillo... *(Mira a los balcones.)* No, pues no se menea... ¿A ver el del otro balcón?... *(Se estira para mirar, se encoge, se agacha, se levanta.)* ¡Tampoco!... Y la tía Celes, tardando un rato, cuando sabe la impaciencia y la... Es que si la gente se pone a jorobarle a uno... ¡Bueno; estoy que ni sé lo que me leo, ni lo que me sorbo, ni lo que me fumo!...*(Coge el bastón, el*

sombrero, el puro, el periódico, y se hace un lío con todo, haciendo un uso incongruente de todas las cosas.) Yo estoy por ir a ver..., no sea que haya salido y esté ondulándose, que ahora recuerdo que me dijo hace días que hoy tenía que ondularse al agua. *(Vase, haciéndose un taco con todas las cosas que lleva en la mano.)* ¡Yo me voy a la peluquería parisiense de la calle del Bastero a ver si está! *(Vanse Moza y Paleto por la izquierda, y Sidoro por la calle arriba.)*

ESCENA II

DICHOS, menos SIDORO, MOZA y PALETO.

PARROQUIANA 1.ª—Oye: ¿conoces a ese que s'ha ido?

PARROQUIANA 2.ª—¿No es el Mediacapa, el sastre de señoras?

PARROQUIANA 1.ª—El mismo. ¡Menudo gachó!

PARROQUIANA 2.ª—Debe de estar castigando a alguna de aquí cerca.

PARROQUIANA 1.ª—¡Es tremendo! El año pasao se fijó en mí.

PARROQUIANA 2.ª—¿Y qué?

PARROQUIANA 1.ª—Que me impresionó.

PARROQUIANA 2.ª—Bueno; es que a ti te impresiona un taburete de tres patas.

PARROQUIANA 1.ª—¡No, hija; es que ese tío tiene un ángel y una novedá pa mirar, que como se fije en ti, te vas a casa y no cenas de nerviosa!

PARROQUIANA 2.ª—El año pasao creo que le sacó el barniz a la Dolores, la fiadora, y la dejó a dos velitas.

PARROQUIANA 1.ª—Eso, con uno que te guste, qué más da.

PARROQUIANA 2.ª—¡Amos, calla! ¡Así los ponéis de tontos, hija!

ESCENA III

CUSTODIO y CATALINO, por la izquierda.

CUSTODIO.—¡Ay Catalino de mi alma!

CATALINO.—Pero ¿qué te pasa, que vienes que agonizas?

CUSTODIO.—Que no está Sidoro.

CATALINO.—¿Y qué le vamos a hacer?

CUSTODIO.—Es que yo nesecito a escape ponerle en autos de lo que se susurrea por El Gratis, pa que lo sepa y se prevenga. ¿Será verdá, Catalino?

CATALINO.—¡Qué va a ser! Ni lo pienses.

CUSTODIO.—Es que ya son muchos los que lo dicen.

CATALINO.—Aunque lo digan cincuenta mil. ¡Amos, es que si fuese verdá que el autor de los mandamientos de El Gratis et Amore Club había ajurao de su credo, convidando, naa más que a chufas, a esa mequetrefa de la hija de la señá Társila, me metía yo en un convento de beneditinos! Prefiero pasarme la vida haciendo licor y bebiéndomelo, a presenciar semejante aberración.

CUSTODIO.—Pues son muchos los que l'acusan de que le ha regalao dos mantones de Manila, varios miles de pesetas, tres pares de pendientes, dos pulseras y cuatro sortijas.

CATALINO.—Too eso es falso.

CUSTODIO.—De casa Veguillas.

CATALINO.—Que es mentira, digo.

CUSTODIO.—Lo mismo creo. Pero ya sabes que el Clu está dividido en bandos. Unos, que lo creen; otros, que no; unos, que si Sidoro ha cerdeao; otros, que si sigue como siempre. Y Sidoro es nuestro presidente y nuestro amigo, y yo, que lo veo vacilar en su pedestal, pa despejarle esta situación no encuentro más que una cosa salvadora, Catalino.

CATALINO.—¿Cuála?

CUSTODIO.—Darle un banquete.

CATALINO.—¡Caray!

CUSTODIO.—Mira, Catalino: cuando te encuentras con un hombre que unos dicen que si es, que otros dicen que si no es; que unos dicen que si verde, que otros que si colorao, en la duda, lo mejor es darle un banquete.

CATALINO.—Pero ¿por qué?

CUSTODIO.—Primero, porque el que come no duda, y luego, porque un banquete agrupa mucho.

CATALINO.—Agrupa mucho hasta los postres; pero luego... Y de todas formas habría que contar con él.

CUSTODIO.—Pues pa eso hemos venido, so pimpi.

CATALINO.—¿Cómo no estará?

CUSTODIO.—Aguarda, que le voy a preguntar a ese de aquella mesa.

CATALINO.—¿Quién es?

CUSTODIO.—Es Lauro, el chico, de Celedonio, el Dorremí.

CATALINO.—¿Es guitarrista, como su padre?

CUSTODIO.—No; el chico se ha hecho deportivo. Es campeón de rana, de las tres categorías; juega al fútbol y ya le ha dao tres vueltas a Madrid en calzoncillos cortos.

CATALINO.—Pues pregúntale ahora que lo coges vestido. *(Se acercan.)*

CUSTODIO.—Adiós, Lauro.

LAURO.—¡Hola, señor Custodio! ¿D'ánde sale usté?

CUSTODIO.—Del planeta, hijo.

LAURO.—¿Cómo no viene usté ya por las noches al mus den ca el Teodoro?

CUSTODIO.—Por no encontrarme con la Saturiana.

LAURO.—Ya he sentío de decir po allí que habían ustés tarifao.

CUSTODIO.—¡A ver! Una tía que tenía cincuenta años corridos...

LAURO.—Pero corridos al galope.

CUSTODIO.—Pues ahí está; y como la vejez es romántica, se creyó esa tía loca que la pasión volcánica que yo l'había pintao pa disfrutarla las mil doscientas beatas que la dieron por el traspaso de

la cacharrería, iba a durar un quincuenio, que se dice ahora, y duró lo que las lucánicas; agotadas las cuales, me distancié de ella un poco.

LAURO.—¿Como de aquí a Getafe?

CUSTODIO.—Media vara más.

LAURO.—¿Y la chocaría a la pobre?

CUSTODIO.—Que es una ingenua; pero está de fiera, que la otra tarde me encontró con la Pura en el baile de Provisiones, y fué y me llamó marido ultrajao en una sola palabra...

LAURO.—¡Gachó! ¡Desgastaría usté el bastón!

CUSTODIO.—Que saqué de casa un roten, y cuando volví...

LAURO.—¿Un junco?

CUSTODIO.—Como que lo utilicé pa llevar una docena e buñuelos, no te digo más.

CATALINO.—Lo que es éste, cuando se pone a pegar, se ciega.

CUSTODIO.—Temperamentos. ¡Camarerito!

CAMARERO.—Volando.

CUSTODIO.—*(Le coge de la chaqueta.)* Aterriza, que me urge.

CAMARERO.—¿Qué va a ser?

CUSTODIO.—De primera, un bidón de gasolina, porque vas que pringas. *(Se limpia los dedos con el pañuelo.)* Y a posteriori... *(A Catalino.)* ¿Tú qué quieres, Catalino?

CATALINO.—Yo, nada.

CUSTODIO.—Pues tráete dos de lo mismo.

CAMARERO.—Eso donde lo sirven bien es en el bar de al lao.

CUSTODIO.—¡Ah! ¿Sí?

CAMARERO.—¡Vayan usté, que dan pajita! *(Vase.)*

CUSTODIO.—Bueno; pues oye, Lauro, a lo que veníamos, ya que éste no quiere tomar naa...: por una de esas casualidades, ¿habéis visto por aquí al señor Sidoro Mediacapa?

LAURO.—No hace ni tres minutos que estaba ahí sentao.

PARROQUIANA 2.ª—Ahora se pasa la vida en este bar.

CUSTODIO.—Por eso; si le veis de volver, m'hacéis

el favor de decirle que nos espere, que tenemos de hablarle de un asunto interesantísimo pa él.

LAURO.—Descuide usté.

CUSTODIO.—Pues gracias, hijo. ¡Con Dios! Y a tu madre, mis recuerdos..., y a tu padre, los de éste. *(Vanse.)*

PARROQUIANA 2.ª—¡Qué par de guasones!

LAURO.—Son de El Gratis. El que m'ha hablao es el señor Custodio, el Amiplín, y el otro, el señor Catalino, el Nodoy.

PARROQUIANA 2.ª—¡Vaya un par de motecitos!

LAURO.—Por eso los hicieron de la Junta direztiva.

PARROQUIANA 2.ª—¿Tú no has sido meritorio de El Gratis?

LAURO.—Dos años; pero me expulsaron porque una noche me distraje y convidé a churros a la Santiaga.

PARROQUIANA 2.ª—¡Qué bestias!

LAURO.—¡Tú no sabes con qué rigor se ha llevao esa Sociedaz!

PARROQUIANA 2.ª—Mira: el señor Sidoro Mediacapa..., que vuelve .

LAURO.—Y me paece que viene preocupao.

ESCENA IV

DICHOS y SIDORO, con el sombrero sobre las cejas.

SIDORO.—¡Que no la he visto tampoco!... ¡No sé qué será esto!... No estaba en la peluquería; y yo, pa esperarla, me he metido en el salon de belleza y me han hecho las manos... Me han hecho las manos una herejía, porque me han dejao unas uñas de colorás, que paece que he estao despellejando tomates. Bueno; pero, señor, que esto es pa volverse loco; ¿qué habrán hecho con esa chica?... Dos meses encontrándomela hasta en la sopa..., en compañía de su madre, eso sí, pero hasta en la sopa, y de re-

pente, cuando uno ya iba ganando terreno, van y me la secuestran. Porque hace ocho días que ni verla ni oírla. ¡Ah, pues no me conocen: yo no cejo!... ¡Yo, firme aquí!... ¡Si se han creído que por eso iban a rendirme...! Y no es que la chica me importe ni esto...; pero ya es cuestión de amor propio. Y esta tarde averiguo yo qué la pasa, ¡por éstas! *(Las jura.)* ¡No me conocen!... *(Transición.)* Pero lo que me desespera es la tía Celes, que la he mandao a ver si averiguaba algo, y sabiendo la impaciencia que tengo... *(Observando.)* ¡Calla, ahora parece que el visillo...! ¡Sí, ella es! ¡Me hace señas!... Pero ¿qué dices?... ¿Que me levante?... *(Blanquita se asoma y hace unas señas ininteligibles.)* ¿Que me vaya? *(Se dispone a irse.)* ¡Qué!... *(Saca Blanquita un pañuelo y se limpia los ojos.)* ¡Eso es que llora!... *(Intrigado.)* ¡Mi madre! ¿Qué la pasará?... Y se mete sin que la haya entendido. *(Como hablando con ella.)* Oye, tú: pero... *(De pronto abre el balcón el Señor Ismael y vacía el contenido de un cenicero.)* ¡El padrastro!... ¡Maldita sea!... *(Se tapa la cara con el periódico, como si leyera.)*

ISMAEL.—¡Sí, tápate, que no te he visto!... Pero anda, que esta tarde..., ¡ya verás!... *(Entra y cierra.)*

SIDORO.—¡Ya s'ha entrao ese tío! Y la chica..., juraría que me ha dicho que volvería a asomarse..., quizá por otro balcón... *(Hace esfuerzos por mirar.)* ¿De qué lloraría?

LAURO.—*(A Raja.)* Vamos a darle el recao, que yo tengo que irme. *(Se acercan.)* Buenas, señor Sidoro.

SIDORO.—*(Casi sin reparar en ellos.)* ¡Hola, ninchi!

LAURO.—*(Al ver que se agacha.)* Qué, ¿se le ha caído a usté algo?

SIDORO.—No; era que...

LAURO.—Pues queríamos decirle a usté que ha estao aquí el señor Custodio, y nos ha dicho que le dijésemos, si le veíamos, que le espere usté, que no tardará, que le quiere dar un recao.

SIDORO.—*(Sin dejar de mirar a los balcones.)* Bueno; pues muchas gracias. Ya le esperaré.

LAURO.—Qué, maestro, ¿y ese Gratis?

SIDORO.—Al pelo. *(Sigue mirando.)*

LAURO.—¿Usté no se acuerda de mí?

SIDORO.—Así, a primera vista, no...

LAURO.—Yo iba a la academia de castigadores que abrió usté en el Clu.

SIDORO.—¡Ah, sí, hombre! Tú estabas matriculao en las clases nocturnas y gratuitas pa obreros... Ya caigo: Lauro García Berzas.

LAURO.—Pa servirle, sí, señor; y aún m'acuerdo de las másimas que nos hacía usté aprendernos de memoria...: «Las mujeres son como las chuletas: cuanto más se las golpea, más blandas se ponen.»

SIDORO.—Sí; ésa me la enseñó un carnicero. *(Sigue haciendo esfuerzos para mirar a los balcones. Aparte.)* ¿Por qué lloraría?

LAURO.—«El que se preocupa por una mujer en el otoño de la vida es un primavera.»

SIDORO.—¿Qué?

LAURO.—Otra de las másimas.

SIDORO.—¡Ah, sí!

LAURO.—«Porque la preocupación quita...

SIDORO.—Quita... *(Para que se aparte.)*

LAURO.—... quita entereza.»

SIDORO.—¡Bueno; quita, que no veo!

LAURO.—Y ahora, qué, maestro, ¿aquí atormentando?

SIDORO.—*(Riendo.)* ¡Ya me conocéis!

LAURO.—Porque usté no castiga: usté atormenta.

SIDORO.—¿Pa qué son tontas? *(Ríen todos.)* ¡Que se fastidien!...

RAFA.—¡Y naa más!

LAURO.—*(A Rafa.)* Oye: ¡qué tío sabiendo!... Y qué, ¿aquí con alguna vecina?

SIDORO.—Sí; aquí con... Y si me hicierais el favor de... *(Acción de irse.)* Porque uno tiene que..., y, claro, de un momento a otro, la... ¿Me explico?

RAFA.—¡Digo!

LAURO.—¡Un Fleury!

RAFA.—¡Qué tío más vivo!

SIDORO.—¡A gozar, pollos!

LOS DOS.—Con Dios. *(Haciendo mutis.)*

RAFA.—¡Mia qué contorsiones! *(Ríe.)* ¡Ja, ja, ja!

LAURO.—*(Idem.)* ¡Es más salao! Claro, y lo hace tan bien, que cualquiera se piensa que está chalupa por la interesada. *(Se van riendo.)*

SIDORO.—¡Gracias a Dios que se han ido! ¡Y no ha vuelto a asomarse! Pero ¿de qué lloraría? Bueno, ¡yo necesito saberlo! ¡Yo no puedo estar así! Por fin... ¡la tía Celes! ¡Gracias a Dios! A ver si la ha hablao... A ver si sabe... A ver qué pasa... *(Antes que llegue, con angustiosa impaciencia.)* ¿Qué?... ¿Qué?...

ESCENA V

SIDORO y TÍA CELES.

TÍA CELES.—Déjame respirar

SIDORO.—Bueno; pero ¿qué?... ¡Pronto!...

TÍA CELES.—He hablao con ella.

SIDORO.—¿Sí?

TÍA CELES.—Desde la portería.

SIDORO.—¿Y qué?

TÍA CELES.—Me ha dao una carta.

SIDORO.—Venga. *(Se la da.)* Y de palabra, ¿qué la ha dicho a usté?

TÍA CELES.—Que no sale porque su padrastro la tie secuestrá.

SIDORO.—¡Mia si yo lo decía!

TÍA CELES.—Pero que no te muevas de aquí.

SIDORO.—¿Por qué?

TÍA CELES.—Porque quiere que sepas un peligro que la amenaza...

SIDORO.—¿Un peligro? Pero ¿qué es?

TÍA CELES.—No me lo ha dicho. Lee la carta, a ver si ahí lo pone.

SIDORO.—Sí, es verdá. *(Leyendo con tanta emoción que no acierta.)* «¡Do..., Do..., Dodo..., Dodoro de mi alma! Estoy loca sin verte, llorando día y

noche...» ¡Infeliz! «Me tienen presa... Mi padrastro se ha percatao de too y no me deja ni asomarme. Si puedo, luego bajaré con mi madre un minuto pa contarte un peligro terrible que nos amenaza y que tal vez nos separe pa siempre.» ¡Rediez, que nos separa! ¿Pa qué será? *(Sigue leyendo.)* «Y no, Doro, no consientas que me separen de ti; que yo, por mi parte, antes me matarán. Porque quiero ser tuya, y sólo a ti te daré mi co... *(No acierta a volver la hoja.)* te daré mi co...»

TÍA CELES.—Vuelve de prisa...

SIDORO.—¡Si es que no acierto! *(Al fin se moja los dedos y la vuelve.)* «... te daré mi corazón, mi alma y mi vida.»

TÍA CELES.—¡Caray, esta chica da unos sustos escribiendo!...

SIDORO.—«No te menees del bar. Es preciso que sepas todo lo que me ocurre. Tuya hasta que me muera.» *(Desesperado.)* ¡Ah, pues ahora es cuando digo yo que eso sí que no! ¡Separarla de mí, no! ¡Antes me hacen pedazos! ¡Antes me la llevo, la robo, lo que sea!... ¡No me conocen!

TÍA CELES.—¡Por Dios, Sidoro, reflesiona!...

SIDORO.—¡No reflesiono!

TÍA CELES.—Reflesiona; que si te vuelves loco y te la llevas, el padrastro es capaz de pegarte una puñalá, que ya le conoces.

SIDORO.—¡Mi madre! Entonces, ¿qué hago?

TÍA CELES.—¡Tener calma! Hacer la tuya; pero con calma.

SIDORO.—¡No puedo, no puedo! ¡Ay tía Celes, ay tía Celes, que ya no sé lo que me pasa!...

TÍA CELES.—¡Yo, sí, hijo mío: que te ha llegao tu hora!

SIDORO.—*(Revolviéndose rabioso y airadamente.)* ¿Qué?...

TÍA CELES.—¡Ay Sidoro!... ¡Quién te ha visto y quién te ve!

SIDORO.—*(Con ira.)* ¿Qué quie usté decir?

TÍA CELES.—¡Si te dicen a ti que te habías de estar dos meses, día y noche, a la puerta de un bar por una mujer...!

SIDORO.—Pero ¿es que va usté a creerse que esa mequetrefa me importa a mí ni esto?

TÍA CELES.—¿Que no te importa, y te llevas comidos ciento veintiséis kilos de patatas fritas y bebidos nueve barriles de cerveza, que te los he contao, naa más que por verla hacer un guiño detrás de los cristales?

SIDORO.—Pero lo hago por amor propio.

TÍA CELES.—¡Por amor, hijo mío! Lo de propio es que los hombres, cuando os da vergüenza confesar el amor, le ponéis un mote pa disimularlo.

SIDORO.—¡Usté qué sabe!

TÍA CELES.—Y no es la chica lo que me asusta, no; lo que a mí me asusta es el padrastro, ese tío...

SIDORO.—A ese tío le estoy yo toreando pa birlarle a la hija..., y se la birlaré.

TÍA CELES.—¡Le estás toreando; pero te ha cogido... y te ha dao una corná!

SIDORO.—¿A mí?

TÍA CELES.—¡De tres mil duros! *(Sidoro baja la cabeza, reconociendo la verdad.)* Too por derribarte la casa y ponerte en el solar ocho docenas de ladrillos... ¡Pobre solar de Mediacapa! ¡De la noche a la mañana te has visto fuera de él!

SIDORO.—Pero pa que me construyan una casa.

TÍA CELES.—¿Y quién la vivirá?

SIDORO.—Nosotros.

TÍA CELES.—¡Ojalá! Pero es que me temo que de aquí a que se acabe ese hombre te arruina.

SIDORO.—*(Confidencial y afirmativo.)* Es que antes la chica será mía.

TÍA CELES.—¡Qué sé yo!

SIDORO.—*(Con angustia.)* ¿Cree usté que no me quiere?

TÍA CELES.—Tanto como eso, propiamente que digamos que no te quiere, no, y que no lo sé, porque ella dice que sí y lo jura y perjura; pero, vamos, que una, si por una juzga, yo, en lo poco que he querido en este mundo, me paecía que callándolo lo sentía más; que no éstas, que intrigan, y traen, y llevan..., y luego, ¡Dios sabe!...

SIDORO.—Bueno; lo antiguo. Usté es que... ¡Estas viejas!... *(Hojea la carta.)*

TÍA CELES.—¡Estas viejas!... ¡Estos hombres!... ¡Tanto despotricar, pa luego...! ¡Ay Señor, Señor! *(Vase.)*

ESCENA VI

SIDORO, solo.

SIDORO.—*(Leyendo.)* «Tuya. tuya, tuya pa siempre, hasta que me muera...» *(Mirando por donde se fué Tía Celes.)* ¡Que no me quiere!... *(Vuelve a leer.)* «Separarme de ti, nunca; antes me matarán, ¡porque quiero ser tuya!» *(Vuelve a mirar.)* ¡Que no me quiere!... Se figura la tía Celes que ésta no me la llevo, y ésta me la llevo yo, como me las he llevao todas, en el pico... Y si no, ¡ya lo veremos! ¡Esta es más mía que mis narices! *(Se fija.)* Parece que ahora aquel visillo... Me acercaré un poco con disimulo, porque de lejos... Allí parece que...

ESCENA VII

DICHOS y CUSTODIO, ANTERO, CATALINO y LUCAS, por la izquierda.

CUSTODIO.—Ahí está. Mirarlo.

ANTERO.—¡Sidoro!

SIDORO.—¡La Junta en pleno! Pero ¿qué es esto?

CATALINO.—*(En voz baja y misteriosa.)* A verte, pa un asunto inopinao.

LUCAS.—¡Y gravísimo!

SIDORO.—¿Gravísimo? Pues ¿qué pasa?

CUSTODIO.—Grandes novedades.

LUCAS.—¡No lo sueñas!

ANTERO.—Bajar la voz.

SIDORO.—Venga pronto.

CATALINO.—Sentarse. *(Se sientan y siguen en tono bajo.)*

CAMARERO.—*(En el mismo tono.)* ¿Qué van ustés a tomar?

CUSTODIO.—*(Muy bajito.)* Lo de antes; pero pa cuatro.

CAMARERO.—*(Lo mismo.)* Bueno. *(Vase.)*

SIDORO.—Conque ¿qué es?

CUSTODIO.—Que hemos recibido una carta del señor Ismael, citándonos aquí.

CATALINO.—A toda la Junta.

SIDORO.—¡Mi madre! ¿Qué querrá?

CUSTODIO.—*(Mostrando una carta.)* Fíjate en lo que dice. *(Leyendo.)* «...para tratar asuntos del mayor interés y de suma urgencia, que, de demorarse, podrían acarrear la desgracia irreparable de dos familias.»

SIDORO.—¡Rechufa! ¿Qué será?

ANTERO.—Estamos costernaos, porque ya le conoces.

LUCAS.—Y intrigaos.

CUSTODIO.—Nos ha citao a las seis.

CATALINO.—Aquí mismo, en este bar frontero a su casa.

ANTERO.—Faltan dos minutos.

SIDORO.—Y yo, ¿qué hago?

CUSTODIO.—Métete adentro, y de que celebremos el «pour parler» y se aleje el socio, te daremos cuenta.

CATALINO.—Pa mí que debe ser algo tuyo y de la chica.

SIDORO.—Como que no la deja asomar al balcón ni una pestaña. Ahora, que a mí... *(Enseña una carta.)* ¡Fijarse! ¡Correspondencia! ¡Y fresquita!

LUCAS.—¿De ella?

SIDORO.—¡De ella! La tengo tonta; pero tonta de baba. ¡Como pa tomar cerillas!

CATALINO.—¿Y cómo sus comunicáis?

SIDORO.—Ardides del juego son.

ANTERO.—¡Eres el demonio!

CUSTODIO.—¡Bueno; pero no te vayas a escurrir con la pitusa!

SIDORO.—¿Yo? ¡Con mi historial! ¡Ja, ja, jay!

Ya sé que murmuran los envidiosos de El Gratis; ahora, que a mí...

CUSTODIO.—Como que pa contrarrestar los dicharacheos te estamos organizando un banquete.

SIDORO.—Gracias; pero no me hace falta. Soy el mismo de siempre. Y respetive a ese tío cateto, dejar que sus diga lo que quiera; pero advertirle que mete a la chica bajo siete estaos de tierra, y se la extraigo. No más. Y no es que me importe la chavala; pero aquí hay un puntillo, y me he propuesto lograrla, y la lograré. Lo firma Sidoro Perales Mediacapa. Hay una rúbrica y un sello en azul que dice: «Porque me da la gana.» Dése traslado a quien corresponda.

LOS CUATRO.—¡Ole!

CUSTODIO.—¡Siempre el mismo!

CATALINO.—Vete, que ya está ahí.

SIDORO.—¡Aquí aguardo impávido y sereno! *(Se tercia la capa jacarandosamente y se mete en el bar tan de prisa, que derriba dos o tres sillas.)*

ANTERO.—Ya te diremos.

ESCENA VIII

DICHOS e ISMAEL, que viene de su casa.

ISMAEL.—Señores...

LOS CUATRO.—Señor Ismael... *(Se dan las manos.)*

ISMAEL.—Son ustedes cuatro longines.

CUSTODIO.—¡Y usté un roskofe; pero de precisión! *(Se sientan. Se acerca el Camarero.)*

CATALINO.—¿Un bocadillo?

ISMAEL.—No estoy pa sólidos.

ANTERO.—¿Una cervecita?

ISMAEL.—No estoy pa líquidos.

CUSTODIO.—¿Un sifón?

ISMAEL.—Ni pa gaseosas. No voy a tomar más que la palabra; la barata y sencilla palabra.

CAMARERO.—¿La quie usté sola?

ISMAEL.—Con seltz. *(Vase el Camarero.)* Y voy a ser breve, para que ustés me perdonen el que me haya permitido de molestar sus solícitas atenciones.

CUSTODIO.—No es molestia.

ISMAEL.—Lo es. Porque, señores, ¿qué es la amistad? *(Pausa. Se miran todos sin saber qué decir.)* ¿Qué es la amistad?

CUSTODIO.—Pues la amistad es una cosa...

ISMAEL.—No, señor; la amistad es el lazo que ata a los hombres; y si ustés están ataos a Sidoro Perales por el mencionao lazo, como no es grato lo que voy a decir de él, tiene que molestarles.

CUSTODIO.—¡Verdaderamente! Pues usté dirá.

ISMAEL.—Señores... ¿Qué soy yo?... *(Se miran como antes.)* ¿Qué soy yo?...

ANTERO.—¿Que qué es él?

CUSTODIO.—Pues usté es una excelente persona.

ISMAEL.—No, señor.

CATALINO.—No, señor.

ISMAEL.—Soy, sencillamente, un hombre de bien, pobre y humilde, que se está ganando su vida modesta con trabajos y sinsabores. Tengo el prurito de la honradez, no puedo remediarlo. Mi casa es una casa honrada y dichosa; tan dichosa, que clava usté un clavo en la pared y le da gusto aguantar lo que le cuelguen, de bien que se está allí. Bueno; pues hace días, varios días, que estoy viendo con espanto que un hombre ronda mi hogar pa seducir a mi hijastra y robarnos la dicha que Dios nos ha concedido, y voy a tenerlo que matar. Señores, ¿no sería un dolor? ¿No sería un dolor?

CUSTODIO.—¿Cómo un dolor? ¡Sería una neuralgia, hombre!

ANTERO.—Bueno; pero ese individuo...

ISMAEL.—Ese individuo es Sidoro Perales Mediacapa.

CATALINO.—Señor Ismael, usté está errao.

ISMAEL.—Los erraos son ustedes. ¡Es ese hombre, que, ciego por un capricho, quiere perder una casa feliz y mancillar a un ángel inmaculado!... ¡Y eso, no!... Sé que ha hecho derramar muchas lágrimas

en míseros hogares; pues bien: díganle ustedes que no anegue en llanto el bienestar de mi honorable domicilio, ¡porque le cuesta la vida!

CUSTODIO.—Señor Ismael, perdone usted; pero amenazar de muerte a un amigo nuestro, eso...

ISMAEL.—Yo, por defender mi honra, amenazo de muerte a un amigo de ustedes; y a ustedes y a sus respetables familias las haría cachos, con toos los respetos debidos. Y aquí hay un corazón que lo siente, y aquí una navaja que lo ejecuta, y allí una calle desierta, ande pue comprobarse. Si alguno gusta de convencerse...

CUSTODIO.—Yo le creo a usté bajo su palabra.

CATALINO.—Y todos.

ISMAEL.—¡Ah, sí, señor; sí, mis queridos amigos! Caa uno tiene del honor un concepto distinto. Yo creo que el que vive sin honra es más despreciable que un perro sarnoso. En cambio, por lavar su honor mata usté a un hombre, a dos, a cuatro..., y va usté a la cárcel... Y, señores, ¿qué es la cárcel? *(Pausa. Se miran.)* ¿Qué es la cárcel?

ANTERO.—*(A Custodio.)* ¿Qué es la cárcel, tú?

ISMAEL.—Pues la cárcel, en ese caso, es un altar en el que el hombre ve resplandecer limpio y puro el sacrosanto tesoro que le legaron sus padres. Yo lo digo bien alto: yo prefiero la muerte... Yo quiero vivir muerto antes que deshonrao.

CUSTODIO.—Hombre, señor Ismael, que usté se ciega.

CATALINO.—¿Cómo va usté a vivir muerto?

ISMAEL.—Caa uno vive como quiere. Y la chica no es que sea mi hija...

ANTERO.—¡Ah!, ¿no?

ISMAEL.—No, señor; es mi hijastra. Pues por eso precisamente miro más por ella. Yo era pariente cercano de su padre y lejano de su madre. Eramos primos todos. El era más primo que yo. Más cercano, quiero decir. Un día infausto cayó con un paralís, perdió todos los remos y me dijo: «Vela, vela, Ismael; vela por mi mujer.» Yo, antes de decírmelo, ya estaba velando hacía tiempo, porque veía de venir aquella desgracia. «Vela también por mi hija

(me agregó); vela por su honra.» Y se lo juré. Y..., señores, ¿qué es velar? ¿Qué es velar?

CUSTODIO.—Una cosa que...

ANTERO.—Una cosa que...

ISMAEL.—No, señor. Velar es cumplir lo prometido, a costa de la vida, cuando se ha jurao por unas cruces sacrosantas.

CUSTODIO.—Bueno, señor Ismael; too eso que ha dicho usté es como pa ponerlo en la pared de un reformatorio; pero nuestro amigo Sidoro no es capaz de una felonía como esa de que usté le acusa.

ISMAEL.—Lo es; Sidoro es de esos hombres que, por contar una aventura a unos amigos en un bar, pierden a una familia. Yo he tenido que cerrarle las puertas de mi casa de un modo discreto; pero él insiste en perseguir a mi hijastra.

CUSTODIO.—No, hombre.

ISMAEL.—Sí, señor; en perderla, sin ver que es una niña inocente, un ángel tan lleno de candor, que bastará para probarlo una sencilla anécdota. El año pasao, que veraneamos en San Sebastián, un día fuimos de excursión a Biarritz. Y ¿qué es ir a Biarritz? ¿Qué es ir a Biarritz?

ANTERO.—¿Que qué es ir a Biarritz?

CUSTODIO.—¿Pasar un día alegre?

ISMAEL.—No, señor; comprarse un impermeable. Pues bien: nos lo compramos; y al volver por la tarde de Francia, venía en el vagón una señora en estao interesante, muy adelantada la pobre. «¿Qué le pasa a esa señora, madre, que no cabe en el asiento?», preguntó la criatura. «Que trae un chico de París.» «¿Y por qué trata de disimularlo?» «Pa no pagar Aduanas», la dijimos. ¡Y se lo creyó! ¿No retrata eso a un ángel? ¿No retrata eso a un ángel?

CUSTODIO.—Sí, señor; ya lo creo. Eso lo dice un limpiabotas, y es pa ponerle alas.

ISMAEL.—Pues holga lo demás. De forma que sírvanse decirle a Sidoro, de mi parte, que desista de la chica, que no me ponga en un trance amargo y que no olvide estas palabras: que yo le estoy construyendo la casa y que pondré la bandera sobre el

tejao sin que él haya puesto un dedo encima de la criatura, porque si lo pone, porque si lo pone, al día siguiente amanece su cadáver colgao de un andamio en el solar de sus fechorías... ¡Por éstas!

CUSTODIO.—Pero ¿usté es hijo del alcalde de Zalamea?

ISMAEL.—No, señor. Soy hijo de un concejal; pero le cuelgo. La honra antes que la vida. Y si ustedes son hombres de bien, no se rían de estas lágrimas de un hombre humilde y suplicante. *(Se levanta.)* Y dicho lo que antecede, les saludo a voleo *(Hace como si estrechara las manos de todos.)* con mi mano generosa, procedo a la evasión y beso las suyas. ¿Hay algo más que decir? ¿Hay algo más que decir?

CUSTODIO.—No, señor.

ISMAEL.—Sí, señor. Buenas tardes.

CUSTODIO.—¡Ah, es verdad! Muy buenas.

TODOS.—Muy buenas. *(Vase a su casa.)*

CUSTODIO.—Bueno; yo prefiero examinarme pa Correos que hablar con ese tío.

CATALINO.—Preguntan menos.

LUCAS.—Y se va que mete miedo. ¡Mal negocio pa Sidoro!

ANTERO.—A mí me ha puesto carne de gallina. *(Aparece Sidoro en la puerta del bar, riendo mefistofélicamente.)*

CUSTODIO.—Qué, ¿lo has oído?

SIDORO.—Ce por be.

CATALINO.—¿Y qué? *(El Camarero sirve un sifón a Sidoro; después se va.)*

SIDORO.—Os contestaré con un sencillo monosílabo... ¡Ja, jay! Y respetive a las amenazas que me ha dirigido, con todas a la vez hago una bolita, la arrojo al aire, la recojo de puntera y ¡gol! con el cubo de la basúra... Naa más.

CUSTODIO.—Sin embargo, ten cuidado con esa chica, porque...

SIDORO.—No preocuparos. De esa chica no me separa ese tío ni con serrucho. ¿He dicho algo?

¡Como ha vivido don Juan!
vivirá siempre hasta aquí!...

¡Me parece que me he equivocao; pero al «Tenorio» me atengo!

CUSTODIO.—¡Ole los hombres que no desfallecen!

ANTERO.—Eres admirable, Mediacapa.

LUCAS.—Vamos.

SIDORO.—Sí, largaros, que parece que algo se menea tras el balcón.

CUSTODIO.—¡Amos a prepararle el banquete!

ANTERO.—¡Se lo merece todo!

LUCAS.—¡Como esto no ha nacido! *(Vanse por la izquierda.)*

SIDORO.—¡Gracias, amigos! *(Los saluda, y al quedarse solo cambia su fingida cara alegre por otra con una expresión emocionada de inquietud.)* ¡Estaba ya con una impaciencia!... ¡Juraría que he visto mover el visillo!... *(Se acerca.)* Sí; parece que... *(Se acerca más.)*

ESCENA IX

SIDORO; luego, ISMAEL y PACO, que pasean; después, la SEÑÁ TÁRSILA y BLANQUITA.

TÁRSILA.—*(Que entreabre el balcón, se asoma con exageradas precauciones, como temiendo a alguien que está dentro, y dice en voz baja y apremiante:)* ¡Sidoro!...

SIDORO.—¿Usté? ¿Y Blanca?

TÁRSILA.—Silencio.

SIDORO.—Pero...

TÁRSILA.—Que aguarde usté.

SIDORO.—¿Aquí?

TÁRSILA.—Ahí; ahora bajaremos.

SIDORO.—¿Las dos?

TÁRSILA.—Sí. Un minuto. Cuando se vaya.

SIDORO.—Pero...

TÁRSILA.—Prudencia. Silencio... Ya le diremos... *(Con ademán misterioso y exagerado.)* ¡Horrible! *(Cierra el balcón.)*

SIDORO.—Pero...

TÁRSILA.—*(Vuelve a abrir con igual ademán.)* ¡Espantoso! *(Cierra a escape.)*

SIDORO.—Bien; pero... ¡Naa, que llevo así dos meses! ¡Pa cada minuto que he visto a la chica, dos sangrías!... Porque esto que tengo ya no es corazón: ¡esto es un badajo! ¡Amos, y que esto me ocurra a mí! Pero ¡si me parece mentira!... ¡Calla, el padrastro!... ¡Me envolveré en «El Sol», pa disimular!...

ISMAEL.—*(A uno que le sigue.)* Vamos, Paquito.

PACO.—*(Saliendo. Se paran a la puerta.)* ¿Pa dónde tiramos?

SIDORO.—*(Seriamente intrigado.)* ¡Atiza! ¡Sale con un joven! ¿Quién será?

ISMAEL.—Amos aquí, al almacén de materiales de costrución, que pienso pedir seis mil ladrillos, dos mil rasillas y cuatro mil recochos.

PACO.—Vamos allá.

ISMAEL.—Volveremos luego, antes de irnos a la Bombilla, que te convido al vermú.

PACO.—Gracias con anticipo. *Volviéndose a alguien que se supone dentro del portal.)* ¡Adiós, vida! Hasta luego. *(Le tira un beso con los dedos.)* ¡Entrate, chata!

ISMAEL.—¡Lo que os queréis, ladrones! *(Vanse riendo y bromeando calle arriba.)*

SIDORO.—*(Verdaderamente perplejo.)* Pero ¿quién será esa cha...; digo, quién será ese joven y de quién se despedía?... ¡Ha dicho «Entrate, chata»!... ¿Qué chata será?... ¡Y «Adiós, vida»!... ¿A quién le diría vida?... ¡Porque en mi vida le he visto!... ¡Recontra! ¿Será algo de éste lo que...? Pero ¿qué pienso yo?... Ahora, que ese sujeto debía estar en la casa cuasi too el día, porque yo llevo aquí... *(Mira el reloj.)* ¡Justo, desde las diez, y no le he visto entrar!... Y es un individuo que no tie mala figura tampoco!... ¿Será algún pariente u primo?... Aunque si es un primo, ¿cómo no me ha hablao de él en la carta? ¡No sé!... ¡Amos, que hoy too son misterios y cosas raras en esta casa!... Estoy deseando ya que baje esa chica, a ver si de una vez...

Porque yo así no puedo estar más; no es posible, no puedo, no quiero, no... *(La ve aparecer en la puerta, y la expresión angustiada de su cara se trueca en algo resplandeciente y satisfecho.)* ¡Ella! ¡Gracias a Dios! *(Se tienden las manos.)* ¡Blanca!...

BLANQUITA.—*(Se las estrecha con pasión.)* ¡Sidoro!

SIDORO.—¡Por fin!

BLANQUITA.—*(Sin soltarle la mano.)* ¡A verte! ¡Aunque me cueste la vida!

SIDORO.—¡Siéntate, cielo!

BLANQUITA.—*(Apasionada, besándole las manos.)* ¡Qué ganas tenía de verte!

SIDORO.—¡Y yo!

TÁRSILA.—*(Mirando calle arriba.)* ¿Se han ido?

SIDORO.—Van calle arriba... ¡Como no vuelvan!

TÁRSILA.—¡Ay, calle usté, por Dios!

BLANQUITA.—*(Con valentía.)* Y a mí, ¿qué? ¡Si vuelven, que vuelvan! ¡Si me ven, que me vean! ¡Si me matan, que me maten!

SIDORO.—¡Blanca mía!

TÁRSILA.—¡No digas locuras, hija!

SIDORO.—Pero ¿es que me quieres de veras?

BLANQUITA.—¿Quererte? ¡Quererte es poco! ¡Tú no sabes los días que estoy pasando, Sidoro!

SIDORO.—Ya me lo figuro.

TÁRSILA.—Estamos que no vivimos. Ese hombre le tiene a usté un odio de muerte.

BLANQUITA.—Y a mí me tiene esclavizada, encerrada...

SIDORO.—¡Canalla!

TÁRSILA.—¡Ahora, que con la chica no consigue naa, porque cada día le quiere a usté más!

BLANQUITA.—*(Ruborosa.)* ¡Madre!...

TÁRSILA.—No se le cae su nombre de la boca

SIDORO.—¿No?

BLANQUITA.—¡No!

TÁRSILA.—Yo no sé lo que usté le ha dao. ¡Es una ceguera, una idolatría!

BLANQUITA.—¿Y cómo no voy a corresponder a todo lo que has hecho por nosotras?

SIDORO.—Bueno. Y ustedes, ¿no creen que yo debía coger al señor Ismael y decirle...?

TÁRSILA.—¡Nunca! Con ese hombre, Sidoro, no valen reflexiones. Y si una pudiera mezclarse, lo primero que debía usté hacer, si quiere de verdá a la chica...

SIDORO.—Diga usté.

TÁRSILA.—... es ponerle una cantidá en el Banco.

BLANQUITA.—¡Por Dios, madre, no hable usté de esa porquería del dinero!

TÁRSILA.—*(Con misterio.* ¡Y luego...

SIDORO.—Luego, ¿qué?

TÁRSILA.—... otra cantidá pa mí!

BLANQUITA.—*(Con disgusto.)* Pero ¡madre!

TÁRSILA.—Yo quisiera poner una cacharrería.

SIDORO.—¿Una cacharrería con el genio del señor Ismael?

TÁRSILA.—Es que la pondría después de divorciarme. Y cuando nos dejase usté garantizadas a las dos, un día, el menos pensao, ¡coge usté a este ángel y se van ustés al fin del mundo a ser felices!... A que te se pase esa ceguera que tienes por él; que vamos... *(Se acerca el Camarero.)*

BLANQUITA.—¡Calle usté, madre!

SIDORO.—Bueno; calle usté ahora, que está ahí el camarero. ¿Qué va usté a tomar?

TÁRSILA.—No sé; es tal mi angustia, que no puedo ni abrir la boca. ¿Aquí sirven bistecs?

SIDORO.—Creo que sí.

TÁRSILA.—Bueno; pues tres.

SIDORO.—Yo no tengo gana.

BLANQUITA.—Ni yo.

TÁRSILA.—Entonces, tres pa mí, y los señores ya pedirán.

SIDORO.—¿Y qué va usté a beber?

TÁRSILA.—¿Beber?... ¿Tienen pescao frito?

SIDORO.—Sí, señora; pero no en líquido.

TÁRSILA.—Entonces, dos de merluza y una botella de diamante.

SIDORO.—Tres de merluza, porque si se la bebe toda...

CAMARERO.—Volando.

TÁRSILA.—Sírvame en esta mesa. *(Se va a otra de al lado para dejarlos en libertad. El Camarero vase a servir.)*

SIDORO.—Bueno, Blanca; y ahora que estamos solos... quiero que me digas una cosa...

BLANQUITA.—Dime, vida.

SIDORO.—Que me digas una cosa que me tie soliviantao.

BLANQUITA.—Ya me lo figuro. Te adivino los pensamientos, Sidoro: ¿Que has visto salir a un hombre de casa?

SIDORO.—¡Con tu padre ha salido un hombre!...

BLANQUITA.—*(Baja los ojos y queda profundamente triste.)* Sí.

SIDORO.—¿Y ese hombre estaba en tu casa?

BLANQUITA.—Sí.

SIDORO.—¿Quién es ese hombre?

BLANQUITA.—*(Suplicante y llorosa.)* ¡Sidoro!...

SIDORO.—¿Quién es ese hombre?

BLANQUITA.—*(Llorando.)* ¡Sidoro, por Dios, no me preguntes!

SIDORO.—¿Quién es ese hombre que te hace llorar y te...?

BLANQUITA.—Sidoro de mi alma, ¿tú te acuerdas que te he dicho en la carta que t'enviao con la tía Celes que tenía que decirte una cosa tremenda?

SIDORO.—*(Con ansiedad.)* Sí.

BLANQUITA.—¿Que tal vez nos separarían pa siempre?

SIDORO.—Sí.

BLANQUITA.—Bueno; pues lo que nos va a separar pa siempre es ese hombre.

SIDORO.—*(Con angustia, bebe y se limpia el sudor.)* ¡Rediez! ¿Qué dices?

BLANQUITA.—Oyelo todo... Te lo he querido ocultar hasta hoy pa evitarte este trago amargo; pero hoy... ¡ya no es posible!

SIDORO.—¡Habla!

BLANQUITA.—Pues ese hombre, Sidoro...

SIDORO.—*(Con ansiedad.)* ¿Qué?

BLANQUITA.—*(Con temor.)* ... es el hombre que me ha buscao mi padrastro...

SIDORO.—*(Fuera de sí.)* ¿Pa qué?

BLANQUITA.—*(Abrumada, hundiendo la cabeza en el pecho.)* Pa que me case con él.

SIDORO.—*(Vencido por la emoción, cae sobre una silla.)* ¡Mi madre! ¿Qué dices?

BLANQUITA.—*(Seriamente alarmada.)* ¡Por Dios, Sidoro, que ties un temblor...!

SIDORO.—*(Tembloroso, emocionado, quiere servirse del sifón, y el chorro va a caer fuera del vaso; se revuelve agitado y se tira de los pelos.)* ¿Conque era eso?... ¿Era eso lo que quería, que te casaras con otro?... ¿Tú..., tú con otro?...

BLANQUITA.—¡Por Dios, Sidoro, cálmate!

TÁRSILA.—Pero, Sidoro, ¡por Dios, hijo!...

SIDORO.—Bueno; ya está.

BLANQUITA.—¿El qué?

SIDORO.—¡Ya está aquí la tragedia!... ¡Ya ha saltao!... *(Se sirve del sifón sin saber lo que hace y bebe pequeños sorbos del vaso vacío.)*

TÁRSILA.—¡Por Dios, deje usté el sifón, que no atina!...

SIDORO.—¡Y la semana que viene, una plana del «Mundo Gráfico» pa nosotros!

BLANQUITA.—¡Sidoro!...

SIDORO.—Tres cadáveres en el centro... Tu madre, arriba; tu padre, abajo, y el señor que t'han buscao pa marido, en dos óvalos...

TÁRSILA.—*(Horrorizada.)* Pero ¿qué dices?

SIDORO.—¡En uno, la cabeza, y en otro, lo poco que haiga quedao del resto!... ¿Sacarme el dinero, porque me lo ha sacao; acabarme la vida, porque estoy que no vivo, y quitarme la tranquilidad pa esto?... ¡No, no; yo no lo aguanto!...

BLANQUITA.—¡Por Dios, Sidoro!

SIDORO.—*(Que sigue enloquecido.)* ¡Ya está aquí! ¡Ya ha saltao la tragedia!... *(Vuelve a servirse del sifón con igual desacierto.)*

TÁRSILA.—¡Por Dios, Sidoro, el sifón!... *(Limpiándose.)* Que entre las lágrimas y esto no sabe una dónde acudir con el pañuelo.

BLANQUITA.—¡Y cálmate, Sidoro, cálmate; yo te lo ruego!

SIDORO.—¡No, no puedo calmarme!

BLANQUITA.—*(Con extraordinaria entereza.)* ¡Pues ties que poder! Mírame a mí.

TÁRSILA.—¡Mírela usté a ella!

BLANQUITA.—¡Ocho días encerrada, sin comer, sin dormir, sufriendo y callando como una mártir pa que tú no sufrieras!... *(La madre llora.)*

SIDORO.—Pero ¿es que quieres que yo aguante...?

BLANQUITA.—Quiero que tengas calma. Los hombres son pa las ocasiones. Ten valor como yo lo tengo.

SIDORO.—Pero ¿voy a consentir yo el verte con otro y que...?

BLANQUITA.—Mira, Sidoro: comprende lo que pasa. Mi padrastro, percatao de que me tienes loca, ha querido que yo le confesase que te quería; y yo no he querido confesárselo, porque si se lo confieso, me se lleva a Buenos Aires con su hermana Remèdios. Y yo..., separarme de ti, ¡nunca!... ¡No, nunca!... ¡Y he preferido mentir, negar tu cariño, antes que perderte!

SIDORO.—*(Conmovido.)* ¡Blanca!

TÁRSILA.—*(Llorando en silencio.)* ¡Pobre hija!

BLANQUITA.—¿Comprendes ahora mi sacrificio?... «Pues si es verdad que no quieres a ese hombre, cásate con Paco», me dijo. Y me ha traído a casa a ese joven, un pariente de su socio, que tonteaba conmigo desde que éramos pequeños. ¿Cómo negarme? He tenido que aceptar, Sidoro de mi alma..., llena de amargura, pero he tenido que aceptar. Compréndelo.

SIDORO.—No, no; has debido negarte.

BLANQUITA.—Pero si me niego, ¿cómo le convenzo de que tú no me importas?

TÁRSILA.—¡Ahí está! ¿Cómo le convence? Piénselo usté.

BLANQUITA.—Y yo, que no vivo más que pa ti, he tenido que apechugar con ese tonto y aceptarlo. ¿Comprendes ahora mi tortura? ¿Comprendes ahora mi martirio? ¡Ser tuya, y no ser para ti!... ¡Llevarte en mi corazón, y tenerte lejos!... ¡Ado-

rarte, y decírselo a otro!... ¡Mirar a otro, queriéndote a ti!... ¿Tú sabes lo que es esto?

SIDORO.—Una plana de pasatiempos de «Blanco y Negro», al parecer; pero, en el fondo, el tormento de un hombre que... *(La emoción le entrecorta las palabras.)* El castigo de un hombre que...

BLANQUITA.—Pero ¿es que lloras? ¡Ah, no, Sidoro, no; no sufras por mí! Y aunque me veas al lao de ese memo, a mi lao no habrá otro más que tú. Estaré a seis leguas de ti, pero estaré contigo. ¡En cambio, me verás pegada a él, pero estaré a nueve kilómetros de su corazón!

SIDORO.—Sí, Blanca; pero es que estando a su lao, aunque estés a nueve kilómetros, te alcanza, y yo me quedo en casa; y aunque me lleves encima, no te llego. ¿Comprendes la diferencia?

BLANQUITA.—¿Y qué hacemos entonces? *(En voz baja.)* Porque yo estoy dispuesta a too lo que tú me mandes.

SIDORO.—*(Lo mismo.)* ¿A todo?

BLANQUITA.—¡A todo, Sidoro de mi alma!

SIDORO.—Pues déjame pensar un rato, a ver si... *(Pausa un segundo, y de repente empieza a hacer gestos violentos y apasionados, como quien habla de algo definitivo.)*

TÁRSILA.—*(Que ve salir al Camarero con la comida.)* Sírvamelo usté pronto, que, si no, no me va a dar tiempo.

CAMARERO.—*(Lo sirve de prisa.)* Volando. *(Al ver que la SeñáÁrsila se va a comer un bistec.)* Pero, ¡por Dios!, que se va usté a atragantar.

TÁRSILA.—No se asuste uste, es mi costumbre; yo doblo los bistecs en cuatro dobleces y con un bocao despacho.

CAMARERO.—Entonces, ya sé lo que hace usté con el cocido...: ¡se lo espolvorea! *(La SeñáÁrsila come rápidamente.)*

BLANQUITA.—*(Como siguiendo una conversación.)* ¿No hay otro remedio?

SIDORO.—No hay otro.

BLANQUITA.—¿No te arrepentirás?

SIDORO.—¡Nunca!

BLANQUITA.—Pues entonces avisa el «taxis», y en cuanto me hagas una seña, aprovecho un descuido y salgo por la puerta, o me echo por la ventana, y me voy contigo.

SIDORO.—¡Así me probarás que me quieres!

BLANQUITA.—Pues hasta luego.

SIDORO.—¡Hasta luego!

BLANQUITA.—¡Siempre el uno pa el otro!

SIDORO.—¡Hasta la muerte!

BLANQUITA.—¡Ande usté, madre, que van a venir!

TÁRSILA.—¡Ay, por Dios, hija! ¡Un minuto, que, si no, la merluza voy a tener que sorbérmela!

BLANQUITA.—¡Ellos!... ¡Vamos, por Dios, madre, que vienen!

TÁRSILA.—¡Ay, sí, vamos, hija! Me llevaré la merluza pa postre!... Adiós, Sidoro. Calma, mucha calma... Y eso que le he dicho del Banco...

BLANQUITA.—¡Hasta que me avises!

SIDORO.—¡En cuanto traiga el «taxi»! ¿Siempre pa mí?

BLANQUITA.—¡Siempre pa ti!

SIDORO.—¡Y yo siempre tuyo!... ¡Tuyo, tuyo y tuyo!

TÁRSILA.—Y yo siempre sin poder comerme las cosas... ¡Sin poder, sin poder y sin poder! ¡Maldita sea la prisa! *(Se ha metido muchas cosas en la boca, y como no puede hablar, le hace señas, con la mano, de despedida.)*

SIDORO.—¡Sí, me la llevo!... ¡Ya sé que es una locura!... ¿Qué van a decir todos? No sé; pero me es igual... Lo mismo me da... Naa me importa... ¡Estaría de Dios!... ¡Dejo el «taxi» preparao en la esquina... y vuelvo por ella!... ¡Que se empeñe quien se empeñe, mía, mía y mía! ¡Ah, sí, sí!... ¡Mía, mía y mía! *(Vase.)*

ESCENA X

ISMAEL y PACO EL SERIO.

PACO.—¡Místelo cómo se pirandovea! ¡Se creerá ese grullo que no le hemos visto!

ISMAEL.—¡Calla, hombre! *(Riendo.)* ¡Que ese tío es más tonto que un juego de cacerolas!

PACO.—Yo le advierto a usté que ya me voy cansando y un día le abollo.

ISMAEL.—Ya tendrás una miiita de cachaza.

PACO.—Me se está pa terminar.

ISMAEL.—Pues como me estropees la combina, te hago rajas.

PACO.—Sí; pero...

ISMAEL.—No hay pero que valga. ¡Acuérdate de las hambres que hemos pasao!... Que daba yo cada bostezo, que un día fuí a Correos y me puse debajo de donde dice «Extremadura», y cómo abriría la boca que me querían echar las cartas pa Badajoz. ¿Y cómo estamos ahora desde que hemos trabao amistá con ese panoli?

PACO.—Sí; verdaderamente que a ese tío se lo encuentra uno en Bilbao, lo registra y es una mina.

ISMAEL.—¡A ver! Ahora comemos con café y copa en las sobremesas; bocadillos, vermuses y mariscos en las entrehoras, y yo hay días que me pongo de mayonesa que todo lo veo amarillo. Los habanos me los fumo de una longitud que tien que ir a encendérmelos en bicicleta. Vestido voy, que si me ve la Cimera se muere de ictericia, y no me golpeo bolsillo que no me encuentre un duro... ¿Y quies que pierda yo too eso por tus celitos pajoleros?

PACO.—Sí; pero es que Blanquita...

ISMAEL.—¿Qué? ¿Es que vas a decirme que con too esto ha sufrido el más mínimo menoscabo la reputación de la chavala? ¡Ni en una milésima centimétrica! ¿Entonces?

PACO.—Sí; pero si no recogemos velas, el día que quiera usté contener a ese tío...

ISMAEL.—Ese tío, con ese tipo que m'he forjao yo, mixto de Otelo y alcalde de Zalamea, me tiene un pánico que lo tengo sin dormir hace tres meses. De forma que tu callate, que mientras yo tenga al Zaparra en el solar, con veintiséis docenas de ladrillos y cuatro peones, haciendo prodigios arquiteztonicos..., y la Blanquita no me se desvie, la cosa marcha al pelo.

PACO.—Pero ¿no cree usté que debíamos irle ya desengañando?

ISMAEL.—Hombre, eso, sí, porque se está poniendo mu pesao, y... ¡Calla! ¡El!

PACO.—Preséntememe usté.

SIDORO.—*(Saliendo.)* ¡Ellos! Ya tengo el «taxi» preparao. Me acercaré para inspirarles confianza y que no sospechen. ¡Buena os la voy a jugar! ¡Vaya un par de tontos!

ESCENA XI

ISMAEL, PACO y SIDORO.

SIDORO.—*(Acercándose.)* ¡Adiós, señor Ismael!

ISMAEL.—¡Hola, amigo Sidoro! Tanto bueno. *(Se ponen en pie y se dan las manos.)*

SIDORO.—Bueno es lo que se encuentra.

ISMAEL.—Pero sientese uste y tome algo.

SIDORO.—Hombre, sí; yo siempre acepto un vermusito de los buenos amigos.

ISMAEL.—Así como así, me ahorra usté un viaje.

SIDORO.—¿Y eso?

ISMAEL.—Porque iba a ir a buscarle a usté a su casa dentro de un rato. Tengo aquí unas fazturitas... *(Las busca entre sus papeles.)*

SIDORO.—Bueno, deje usté; luego las veremos... *(A Paco, que sigue en pie.)* Pero sientese usté, pollo.

PACO.—*(Se sienta.)* Con permiso.

ISMAEL.—Hombre, les presentare a ustés: Paco Labea, pariente de mi socio, el otro contratista.

SIDORO.—Tanto gusto. *(Se dan la mano.)*

ISMAEL.—¡Ah! Y voy a dar a usté una noticia que le alegrará mucho... Y futuro marido de Blanquita.

SIDORO.—¡Caray, qué bien! ¡Tanto gusto! *(Otro apretón de manos.)*

PACO.—No dirá usté que lo tengo malo.

SIDORO.—Ni muchísimo menos. *(Con ironía.)* ¡Si se lo lleva usté, se lleva un bocadito, mi amigo!

PACO.—¡Suerte que tie uno!

SIDORO.—¡Y menuda! ¿Y pa cuándo es la boda, pollo?

PACO.—Pa la Pascua.

SIDORO.—¡Hombre, con la mona!

PACO.—Precisamente.

ISMAEL.—En cuestión de bodas, más vale mona que mico, ¿no?

SIDORO.—¿Y usté es también del ramo de costrución?

ISMAEL.—No, señor; éste es un púgil. Estaba en Barcelona. Por eso no le conocía usté.

PACO.—Yo boxeo.

SIDORO.—¡Ah, caray!

ISMAEL.—Campeón de los plumas del mercao de aves.

PACO.—Voy pa peso gallo.

SIDORO.—¿Conque el pollo va pa gallo?

ISMAEL.—Pa gallo va el pollo.

SIDORO.—¿Y en Barcelona? Bien, joven, bien. ¡Claro, así no le conocía yo! Y qué, ¿ha boxeao usté con buenos boxeadores?

PACO.—Con lo mejorcito; con Ciclone, con Rayo, con Alós, con Cola...

SIDORO.—¿Y les ha pegao a todos?

PACO.—Cola me pegó.

SIDORO.—Era natural. ¿Y hace mucho que no boxea usté?

PACO.—Hace quince días tuvimos la última sesión pugilística en el Coliseo de Cabestreros.

ISMAEL.—Una velada benéfica para comprarle una dentadura postiza a un compañero.

PACO.—Boxeé con el Canene, campeón, de los «welter».

ISMAEL.—Un semipesao.

SIDORO.—¿Y venció usté?

PACO.—No me hable usté de eso, por su mamá, si le vive.

SIDORO.—No me vive. Pero ¿qué pasó?

ISMAEL.—Relata el «machs».

PACO.—Pues nada; que mi contrincante y un servidor salimos al «ring», nos tocan el «ñong», y de primeras va el Canene y me tira un «upercut»; se lo paro y le arreo un «swell» al estómago que lo mando a las cuerdas; pero con tanta fuerza, que del rebote vuelve y me da un encontronazo que me tira al suelo.

SIDORO.—¡Atiza!

PACO.—Caigo, y al irme a levantar, oservo que me había roto el malló por un sitio, que dije: «O me quedo en «ocaut», o voy a la cárcel.»

ISMAEL.—Naa, que tuvieron que envolverlo en una manta para sacarlo del «ring».

PACO.—Y como estuvieron media hora cosiéndome el malló...

SIDORO.—¡Claro, perdió usté por puntos!

PACO.—Ahí está. Usté ha dao.

SIDORO.—Una desgracia. Bueno, señores; pues mudando de conversación, me alegro que estemos reunidos los tres en este momento, pa sincerarme con ustedes de ciertas habladurías que han corrido por el barrio respective a...

PACO.—¿Algo de que si Blanquita y usté...?

SIDORO.—Precisamente.

PACO.—*(Riendo.)* Amos, hombre. Pero ¿se ha preocupao usté de eso?

SIDORO.—Hombre, sí, la verdá, me he preocupao; porque aquí el señor Ismael...

PACO.—Pero ¿a quién se le ha ocurrido esa locura? Una chica monísima y de un tipo que, vamos..., con un hombre de la edad de uste y de la... ¡Ja, ja, jay!

SIDORO.—Ja, ja, jay, ¿qué?

PACO.—¡Que a quien se lo diga usté se muere de risa!

SIDORO.—Hombre, yo lo decía porque como su futuro suegro de usté me ha cerrao las puertas de su casa, temeroso de que yo...

ISMAEL.—Hombre, no; perdone usté. Yo no he cerrao a usté nada; lo que ocurrió fué que la misma chica me dijo, y no lo eche usté a mala parte, que era usté un guasón muy pesao, y que por Dios, que la ahorrara el disgusto de echarle a usté de casa ella misma.

SIDORO.—*(Con angustia mortal.)* ¡Eso no lo ha dicho la chica!

ISMAEL.—Eso lo ha dicho la chica, como si se lo hubieran a uste taquigrafiao; porque es sensata, sabe que tenemos negocios y no quiere discusiones.

SIDORO.—Entonces, ¿por qué les ha dicho usté a mis amigos... lo que les ha dicho?

ISMAEL.—¡Por evitarle a usté un disgusto con éste!

PACO.—¿Conmigo? ¡Amos, hombre; pero usté está loco! ¡Pero si cada vez que yo, en broma, claro está, le he dao a Blanquita celos con usté, vamos, es que le ha durao la risa dos semanas!

SIDORO.—*(Descompuesto.)* ¿Dos..., dos sema..., semama... manas?... *(Aparte.)* ¡Ya verás tú ahora mismo!

PACO.—*(Riendo.)* ¡Pero no se azare usté, hombre!... Y, en fin, señor Sidoro, pa que se le quite a usté la aprension y se tranquilice, mire usté: esta misma tarde vamos a comer los cuatro en la Bombilla...

SIDORO.—¿Qué cuatro?

ISMAEL.—Mi mujer y la chica, éste y un servidor.

PACO.—Pa celebrar mi cumpleaños. Veintiocho; pero fetén. Los mios, calibraos. De forma que si a los postres quie usté nonrarnos con su asistencia, se le osequiará a usté con un Romeo y Julieta y una taza de café.

SIDORO.—Gracias. Es posible que vaya.

ISMAEL.—Encantaos. Pues anda, pollo; sube y diles que se echen los mantones y que bajen, que veo allí un «taxi» parao que va a servirnos.

SIDORO.—No, perdone usté; ese «taxi»...

ISMAEL.—Nos sirve. Mételas prisa, que os aguardo.

PACO.—Hasta ahora. *(Se va a la casa.)*

ISMAEL.—¡Ah! Y de paso, antes que me se olvide, aprovecharé pa darle a usté la fazturita... *(La busca en la cartera.)*

SIDORO.—Pero oiga usté: ¿en su casa sabían que iban ustés a comer hoy en la Bombilla?

ISMAEL.—¡Digo! ¡Hace una semana!... Aquí está. *(Presénta la factura.)* Es la mitá de la carpintería menuda del primer piso... Cercos, marcos y demás...

SIDORO.—¡Pero si todavía no han levantao ustedes un metro de construcción en la planta!

ISMAEL.—Sí; pero esto es adelantao, según contrato... Recuérdelo usté... ¡Ochocientas pesetas, trabajo encargao al carpintero!...

SIDORO.—Creo que no tengo más que cuatrocientas. *(Las da.)*

ISMAEL.—Bueno: yo pondré lo que falte, y luego... ¡Mucho va usté debiendo ya!... *(Como en broma.)* ¡A ver si le cierro el crédito!... *(Se guarda las pesetas.)*

ESCENA XII

DICHOS y BLANQUITA, SEÑÁ TÁRSILA y PACO, que viene de la casa; ellas, con mantones de Manila.

PACO.—Bueno; ya estamos.

ISMAEL.—Esperarme un segundo, que voy a coger unos cigarros. *(Entra en la casa. Queda Blanquita en la puerta.)*

TÁRSILA.—*(Acercándose a Sidoro.)* ¿Ha visto usté? ¡Vamos a la fuerza!

SIDORO.—Bueno; pero...

TÁRSILA. La chica va con caa lagrimón así...

SIDORO.—Sí; pero es que yo...

TÁRSILA.—Que le digo a usté que tenga calma, que ya le hablará...

ISMAEL.—*(Sale.)* ¡Arreando! Vamos con aquel «taxi».

SIDORO.—Aquél es mío.

ISMAEL.—Pero usté nos lo cede y toma otro.

PACO.—Pa las ocasiones son los amigos. *(Vanse por la izquierda.)*

SIDORO.—*(Casi lloroso.)* ¡Se van! ¡Se va con él!... ¿Y too aquel arranque de escaparse conmigo?... ¡Se va sin una mirada!... Sin... ¡Bueno; yo tengo una angustia...! ¡Dios mío!, ¿será too esto una tela de araña en que me han cogido como una mosca infeliz?... ¡Sí; estos golfos puede! Pero ¿ella...? ¡Ella, no; no es posible que me engañe!... ¡Con lo que me ha jurao! Ella es que se la llevan a la fuerza, que no la dejan... Pero ¡es que se ha ido sin una mirada!... ¡Sin...! *(Abate la cabeza sobre sus brazos y aparece Carmen la de la Ronda, con su hijo en brazos, como una figura dolorida.)*

CARMEN.—¡Sidoro!

SIDORO.—*(Levanta la cabeza vivamente.)* ¿Quién?

CARMEN.—Yo.

SIDORO.—¡Carmen!

CARMEN.—¡Cómo te han engañao!

SIDORO.—¿Tú aquí otra vez?

CARMEN.—¡Siempre contigo!

SIDORO.—¡Pues no me haces falta pa naa!

CARMEN.—¡Pa consolarte!

SIDORO.—¡No tengo de qué me consuele nadie! ¿Consolarme a mí?... ¿De qué?... ¿De qué?... *(Se oyen fuera voces entusiásticas.)*

VOCES.—¡Viva nuestro presidente! ¡Viva! ¡Vivaaaaa!

SIDORO.—¿Lo ves? ¡Ahí lo tienes! ¡Consolarme a mí! ¿De qué?... ¿De qué?...

ESCENA XIII

DICHOS y CUSTODIO, ANTERO, CATALINO y LUCAS.

CUSTODIO.—¡Sidoro! ¡Sidoro!

SIDORO.—¿Qué pasa?

CUSTODIO.—Que, por fin, se ha reconocido que

cuanto te se atribuía respective a haber conculcao los mandamientos de El Gratis era una calunia.

LOS TRES.—¡Una calunia!

SIDORO.—*(A Carmen.)* ¿Lo oyes? ¿Lo estás oyendo? ¡Consolarme a mí! ¿De qué?

CUSTODIO.—Que quien aclamarte de nuevo por su presidente. ¡Y la Sociedá en masa vamos a darte un banquete!

SIDORO.—¿Lo ves? ¿Lo oyes? ¡Me van a dar un banquete!

CATALINO.—¡Viva nuestro presidente!

LOS CUATRO.—¡Vivaaa!

SIDORO.—*(Fingiendo satisfacción.)* ¡Gracias, señores, gracias!

CUSTODIO.—Coge la capa y el sombrero y vamos, que te esperan toos pa aclamarte.

SIDORO.—¡Vamos allá! *(Mientras coge la capa de una silla, casi llorando.)* ¡Un banquete a mí, que los veo irse juntos... a reírse con mi dinero!...

CUSTODIO.—¡Viva la jacarandosería madrileña!

TODOS.—¡Vivaaa!

SIDORO.—¡Gracias, señores, gracias!... *(Aparte.)* ¡Un banquete a mí, que se me puede estrangular con un fideo!

CUSTODIO.—¡Viva el as de los vivales!

TODOS.—¡Vivaaa!

SIDORO.—*(Riendo.)* ¡Gracias, señores, gracias!... *(Casi llorando.)* ¡Gracias que no rompa a llorar de aquí a El Gratis!

CUSTODIO.—¡Viva Mediacapa!

TODOS.—¡Vivaaa!

SIDORO.—¡Gracias, señores, gracias! ¡Consolarme a mí! ¿De qué? ¡Si soy el mismo, el de siempre!... ¡El invencible, el..., el...! *(Se va sollozando.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

Un paseo en los barrios bajos de Madrid, que bien pudiera ser el de Yeserías. Casas pobres, acacias raquíticas, faroles del alumbrado público y bancos de piedra, uno de ellos practicable. Al final del paseo, y en una perspectiva lejana, un cuartel. Es por la tarde, una tarde clara y fría de invierno.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se escuchan, lejanos, diversos toques de corneta, como de unos educandos que ensayan. A poco, salen TORIBIO, soldado de primera puesta, que anda cojeando de un modo horrible por lo que le aprietan las botas, y CANALES, soldado veterano, amigo del primero. Luego, una CAÑAMONERA, con un capacillo de cañamones y una taza para medirlos.

CANALES.—Güeno; ya has visto Madrí, Toribio.

TORIBIO.—¡Con toos mis ojos, Canale! *(Cojeando.)*

CANALES.—¿Y qué t'ha paresío Madrí?

TORIBIO.—Pue una cosa mu larga con mucho «taxi».

CANALES.—¿Y la plasa d'Oriente?

TORIBIO.—Pue una cosa mu redonda con mucha niñera.

CANALES.—¿Qué t'ha gustao ma de too?

TORIBIO.—Zentarme. ¡Y aquí también me voy a zentá antes de ayegá ar cuarté, que no pueo con la bota! ¡Mi mare, qué doló!

CANALES.—Echa un pito.

TORIBIO.—Ahí va. *(Lo encienden.)*

CANALES.—Güeno; y mañana escribes ar pueblo, y dises que te he sacao de paseo y lo que nos hemos divertío.

TORIBIO.—*(Frotándose un pie contra otro.)* ¿Divertío?... Güeno...

CANALES.—¡Y que te he convidao a too!... Casquijo, mojama, gasiosa...

TORIBIO.—¿Que me ha convidao uzté a too y me ha coztao sei riale?

CANALES.—Hombre, tú ere de primera puesta, y yo zoy veterano; y tú haz venío a zervi, y zi no pagas, ¿pa qué zirves?

TORIBIO.—¡Mi madre, qué doló!

CAÑAMONERA.—*(Pregonando.)* ¡Cañamonera! ¡Cañamones tostaítos!

CANALES.—¡Hombre! ¡Mira: un aperitivo pa antes del rancho! ¡Te voy a convidá!

TORIBIO.—*(Se levanta, aterrado.)* ¿Que me va ozté a convidá? *(Se va cojeando y haciendo muecas de dolor, pero de prisa.)* ¡Ca, hombre; a mí no me convida ozté ma, que me s'ha acabao er dinero! *(Vase.)*

CANALES.—Aguarda, hombre. ¡Cañamonera!

CAÑAMONERA.—¿Cuántos?

CANALES.—¡No mida usté! ¡Y me deja corgao con la zeñora! ¡En cuanto yegue ar cuarté, lo pizo!... ¡Dezagradecío!... ¡Y con lo que yeva gozao ezta tarde!... ¡Que lo pizo! *(Vase tras él.)*

CAÑAMONERA.—*(Se sienta en el banco.)* ¡Vaya parroquia!... ¡He hecho la tardecita!... Una gorda por junto... ¡En Madrí s'ha perdío el gusto de las cosas delicás!... ¡Y too han sío los bares!... ¡Estamos en la época del bocadillo!... Antiguamente no había chico ni grande que no s'atracara de cañamones; y ahora, sale usté con el género, y es que no lo quieren ni los pájaros... ¡Claro, como que s'han hecho a las migas!... Yo, caa vez que veo en el Retiro a un tío panoli de ésos, silbando y dándole pan a los gurriatos..., es que se los espanto!... Porque entre que coma un pájaro u que coma una servidora..., ¡pues a ver!

ESCENA II

CAÑAMONERA y CUSTODIO, por la izquierda.

CUSTODIO.—Por aquí debe de caer. Yeserías, esquina a la... ¡Justo! Si esta mujer es del barrio, pue que le conozca. *(Se acerca.)* Muy buenas, industriala.

CAÑAMONERA.—Servidora.

CUSTODIO.—Perdone usté la curiosidá... ¿Usté es de este barrio?

CAÑAMONERA.—Ahí en la esquinita vivo.

CUSTODIO.—¿Y conocerá usté, por un casual, a uno que le dicen Sidoro Perales, Mediacapa?

CAÑAMONERA.—¡Anda! ¿Y quién no le conoce?

CUSTODIO.—¿Vive lejos?

CAÑAMONERA.—Ahí orilla; en caa el Meollo, un oficial que tenía, que ahora está medio ciego; pero se lo gana una hija, que es camarera... ¡No sé cómo, pero se lo gana!

CUSTODIO.—Sirviendo será... ¡Si es camarera!...

CAÑAMONERA.—¡Pues ahí le han dao un rincón!... ¡Que hay que ver, el pobre...!

CUSTODIO.—¿Tan mal está?

CAÑAMONERA.—¡En las ultimitas; que de vergüenza no quie ni tratarse con nadie!

CUSTODIO.—Pero ¿tanto?

CAÑAMONERA.—Conmigo es con quien se espansiona más; que algunos días pasa, y cuando le digo: «¿Qué tal va esa salú?...» Pues me dice: «¡Pchs!» Y se va. Claro, que es una contestación de sifón, pero vamos...

CUSTODIO.—¡Pobre Sidoro! *(Se oyen las cornetas en ensayo.)* Y diga usté, señora: ¿esas cornetitas ensayan toos los días?

CAÑAMONERA.—¡Calle usté, que a mí me levantan un dolor de cabeza!... ¡El boticario s'ha hecho rico despachando la jaquecolina!... ¡Hombre, y mire usté a Mediacapa!... ¡Si antes lo mentamos!...

CUSTODIO.—¡El!

CAÑAMONERA.—*(Yéndose.)* ¡Cañamonera! ¡Cañamones tostaítos!... *(Vase.)*

ESCENA III

CUSTODIO y SIDORO. Este aparece por la derecha, embozado en su capa, ya raída. Sale triste, macilento, derrotado de indumentaria, pero queriendo conservar con el aseo su antiguo aspecto de hombre bien portado.

CUSTODIO.—*(Acercándose.)* ¡Sidoro!

SIDORO.—*(Entre alegre y avergonzado.)* ¡Custodio! *(Se abrazan.)*

CUSTODIO.—¡Pero tú...!

SIDORO.—¡Ya ves!

CUSTODIO.—¡Tú, achicao de esta forma!... Sin verte, apartao de toos... ¡Sin poderte encontrar!...

SIDORO.—Cuando me echaron del Gratis, me engañó esa mujer y me robó su padrastro too lo que tenía, me pareció que me habían echao de la vida, ¡de mi vida!... ¡Tantos años presumiendo, pa aquel final!...

CUSTODIO.—*(Compadecido.)* ¡Hombre!...

SIDORO.—¡Tenía razón tanta gente pa burlarse y reírse de mí, que me dió vergüenza y me arrinconé! *(Llora.)*

CUSTODIO.—¡Pobre Mediacapa!... ¡No llores!

SIDORO.—¡No hagas caso! Es que m'ha dao una nurastenia lacrimal.

CUSTODIO.—¡Y que se vea así el primer madrileño de los barrios castizos!... ¡Un tío que los días de toros salía por la glorieta Embajadores arriba, encendía su habano y caminaba con una arrogancia que metía el humo en los entresuelos!

SIDORO.—Pues ya lo ves, Custodio; ahora me lo trago y no sé dónde echarlo pa pasar desapercibido. «Si qui transiti gloria del mundili.»

CUSTODIO.—¿Qué es eso?

SIDORO.—Un refrán.

CUSTODIO.—¿Es de las provincias vascongadas?... Porque no te he entendío nada.

SIDORO.—Es latín, y quie decir que toas las glorias del mundo están entre humo y cacahuets.

CUSTODIO.—Oye: ¿y cómo se llaman en latín los cacahuets?

SIDORO.—Torraés.

CUSTODIO.—La sabiduría es lo que no t'ha fallao.

SIDORO.—La arrastra uno de chico.

CUSTODIO.—Pero ties razón, Sidoro: ¡la vida es humo!

SIDORO.—Y naa más, Custodio. Y a propósito de humo: ¿ties un cigarro? *(Llora.)* Y perdona que llore al pedírtelo, que es que no tengo pa comprarme ni una mala cajetilla; digo mala cajetilla porque no las hay buenas.

CUSTODIO.—¡Mi madre! ¡Tú pidiendo un cigarro! ¡Tú, que has utilizado los duros de pisapapeles!

SIDORO.—Pues ahora veo un cupro y le pongo peana. *(Gimoteando.)* ¡Me han abandonao toos, Custodio! ¡Ayer no tenía pa comer!

CUSTODIO.—¡No llores, hombre!

SIDORO.—¡No lloro por la pena de no tener; es por la vergüenza de tenerlo que decir!... Pues me encontré por la tarde a Catalino, le pedí dos pesetas...

CUSTODIO.—¿Y te las dió?

SIDORO.—Me dió una...

CUSTODIO.—Menos mal.

SIDORO.—...una tarjeta de recomendación pa trabajar en la Villa.

CUSTODIO.—¡Canalla!

SIDORO.—Entonces, me fuí a empeñar la capa; pero caí con un prestamista que era un chungón, y me dijo al repasarla y verla los flecos: «No la empeñe usté, que esto el mes que viene es un mantón de Manila.» «No sé dónde habrá usté visto los chinos», le dije. «Hombre, estos redondeles de grasa no son chinos, pero son cochinos.» ¡En fin, chico: una vergüenza!

CUSTODIO.—¡Pobre Sidoro!

SIDORO.—¿Y sabes por qué comí?

CUSTODIO.—¡Qué sé yo!

SIDORO.—Pues porque hasta las mujeres más malas son mejores que los hombres, y ayer me encontré a la Dolores... ¿Te acuerdas?

CUSTODIO.—Sí, hombre; aquella que te maltrató en el solar aquella tarde...

SIDORO.—Pues me la encontré, y, sin pedirle yo naa, porque no soy capaz, va y me dice: «Oye, Sidoro: hazme un favor; toma este duro, entra en aquel estanco, compra una caja de cerillas y tráeme la vuelta, que es que no me lo quien cambiar en ningún lao.» Me lo creí, se lo cambié, salí... *(Llora.),* ¡y s'había ido! ¡Era una manera delicá de dejarme las cinco pesetas!

CUSTODIO.—*(Llorando también.)* ¡Bueno; estás, que hablando contigo le paece a uno que tie goteras!... Pero yo, yo no puedo darte naa, Sidoro, porque no tengo... *(En un arranque.)* ¡Pero toma el reló; empéñalo!

SIDORO.—¡Que no, Custodio!

CUSTODIO.—¡Que sí! ¡Empéñalo, hombre! ¡Y lo que te den, te lo gastas!

SIDORO.—*(Le abraza.)* ¡Qué alma tan grande tienes!

CUSTODIO.—¡Yo no veo sufrir a un amigo! ¡Lo único que quiero advertirte es que el reló no es mío!

SIDORO.—¡Mi agüela!

CUSTODIO.—Me lo ha dao un vecino pa que se lo deje en la relojería. Diré que me s'ha perdío.

SIDORO.—¡Recontra; pues si no me lo dices y lo empeño, voy a la cárcel!... Aunque, después de too, ¡toma!... Ya no me hace falta ni esto ni nada.

CUSTODIO.—¿Pues?

SIDORO.—¿Ayer recibirías una carta mía?

CUSTODIO.—Por eso he venido.

SIDORO.—Quería hacerte un encargo.

CUSTODIO.—Dime.

SIDORO.—Pero antes tengo que suplicarte que no te asustes de lo que te voy a decir.

CUSTODIO.—*(Con terror.)* ¡Caray! ¿Qué es?

SIDORO.—Pero ¡no te asustes!

CUSTODIO.—¡Es que no me has dicho una vez que no me asuste, que no me hayas dao un susto de muerte!...

SIDORO.—Pues que esta tarde, de cinco a cinco y media, me voy a pegar un tiro.

CUSTODIO.—¡Recontra!

SIDORO.—Un tiro.

CUSTODIO.—¡Sidoro! Pero ¿qué dices?

SIDORO.—Un tiro.

CUSTODIO.—Amos, que no; que tú no te pegas un tiro mientras yo esté aquí.

SIDORO.—No; cuando te vayas. Yo no comprometo a un amigo.

CUSTODIO.—Pero ¿pa qué quies matarte, so primo?

SIDORO.—¿Y pa qué quiero vivir? ¡Me he quedao sin naa!... Me han quitao el solar de mis mayores.

CUSTODIO.—De tus mayores sinvergüenzas... ¡Porque si te hubián dao otra educación!...

SIDORO.—¡El solar de mis triunfos!

CUSTODIO.—Déjalo ir. Había llorao en él mucha gente pa que se pudiera vivir allí con alegría.

SIDORO.—Lo he perdío too. ¡Hasta mi tía Celes; la pobre vieja se tuvo que ir de mi lao por no serme gravosa; y toas las tardes viene a ese cuartel de ahí abajo por un plato de rancho!

CUSTODIO.—¡Su sino negro!

SIDORO.—¡Y tan negro! Como que el otro día me la encontré a la puerta de las Carboneras, ese convento de la calle Cañizares. ¡Me se partió el alma! Ahora, que no creas que me voy a matar yo solo. Quiero llevarme compañía.

CUSTODIO.—¡Caray! ¿Qué dices?

SIDORO.—*(Con ira.)* Que antes de matarme voy a matar al señor Ismael. ¡Lo he jurao! ¡Ese tío ladrón me acompaña a mí en el viaje eterno!

CUSTODIO.—Te vas a aburrir. Te asará a preguntas.

SIDORO.—No lo tomes a broma, Custodio; que te digo...

CUSTODIO.—Naa, hombre; déjate de matar, ni me-

nos de morir. Tú aún puedes, aún estás en edad de trabajar y arreglar tu vida.

SIDORO.—Sí; pero... Mira, Custodio; estoy muy cerca de donde no se vuelve para andar con mentiras. Te voy a decir la verdá. No me importa el dinero perdido, ni el solar, ni el lujo, ni mi cartel... ¡Naa! Lo que me importa, ¡lo único que me importa es el cariño que le tenía a esa mujer, que me ha destrozao la vida!

CUSTODIO.—Pero ¿tanto llegaste a quererla?

SIDORO.—Que no he vivido desde que la conocí. Que lo he perdío todo por ella. ¡Que uno es un primo!

CUSTODIO.—¡Que uno es hombre! ¡Que no creas que han hecho las tonterías pa ti solo! ¿Y por qué no l'has llamao a esa mujer y l'has dicho... y l'has insultao... y l'has...?

SIDORO.—Al principio la escribí lo menos cinco cartas, y ni me contestó siquiera.

CUSTODIO.—Haber insistido.

SIDORO.—Es que luego ya no he querido verla; mejor dicho, ya no he querido que me viese en esta derrota, con este traje viejo y esta capa raída; a mí, que... *(Llora.)*

CUSTODIO.—Pues no llores. Es preciso que te vea, pa que mire su obra y sienta al menos el dolor del daño que ha hecho.

SIDORO.—¡No; no quiero verla! Y pa eso te he llamao. Toma; dala esta carta, si algún día te la encuentras..., y dila...

CUSTODIO.—*(Viendo aparecer a Blanquita por la izquierda.)* ¡Recontra!

SIDORO.—¿Qué?

CUSTODIO.—¿Qué? ¡Mira!... ¡Díselo tú; ahí la tienes!

SIDORO.—¡Mi madre! *(Se guarda la carta.)*

CUSTODIO.—¿Qué te pasa?

SIDORO.—¡Que tengo una emoción que me muero!... ¡Que quería verla, y ahora veo que más valía que no!... ¿Qué dirá si me ve así?... ¡Tan estropeao, tan...!

CUSTODIO.—¡Estira ese cuerpo!... ¡Arriba la fren-

te!... ¡Si te ve así que te vea!... ¡Toa esa ruina ha sío su cariño!... *(Vase por el foro izquierda.)*

ESCENA IV

BLANQUITA y SIDORO.

BLANQUITA.—¡Sidoro!

SIDORO.—¡Blanca!

BLANQUITA.—Sé que tenías empeño en verme. Al principio me negué... Tenía miedo. Hice mal; pero lo hice. Ya está; ahora casi soy yo la que quiero verte.

SIDORO.—¿Pa gozarte en tu obra?

BLANQUITA.—Pa decirte que sé que quies matar a mi padrastro; que no lo hagas; que no te pierdas pa siempre por ese tío golfo; que de lo que te pasa soy yo muy culpable; no quiero quitarme naa; pero no tanto como tú te figuras.

SIDORO.—Ya me es lo mismo.

BLANQUITA.—Sé que también estabas conmigo como pa quererme matar.

SIDORO.—Al pronto, uno se ciega...

BLANQUITA.—Verdaderamente, te he hecho mucho daño, Sidoro; lo reconozco.

SIDORO.—No te culpo a ti, Blanca; no has sío tú; he sío yo mismo el que me lo he hecho... ¡Mi vida equivocada!

BLANQUITA.—Sí; pero yo...

SIDORO.—El único daño que me has hecho tú es no quererme.

BLANQUITA.—Yo no podía quererte ni a ti ni a nadie. No soy mujer pa esclavizarse a un cariño. Me gusta vivir, volar, sentir caa día halagos nuevos.

SIDORO.—Entonces, ¿por qué me juraste...?

BLANQUITA.—Cuando te conocí estábamos en la miseria; yo quería ser más, vivir mejor, y me aproveché de lo tuyo, ayudando a los míos.

SIDORO.—¡Pero haciéndome a mí solo el daño!

BLANQUITA.—Yo no miré el daño que te hacía, porque tú tampoco mirabas el que querías hacerme a mí... ¿Que yo hice mal? Pero ¿qué ibas a hacer tú? ¡Coger a una chiquilla, hacerla una perdularia y echarla a rodar por la vida sólo por el gusto de apuntarse una conquista más!... Malo lo mío; peor lo tuyo. ¡No tenemos que echarnos nada en cara! ¡Sino que el amor es una pelea, y esta vez, aun sin querer, he podío yo más, porque siempre sale menos herido el que pelea sin el corazón!

SIDORO.—¿Y has venido pa decirme eso?

BLANQUITA.—Eso te lo digo porque no tengo otra disculpa, y a más es la verdá. Pero también he venido pa pedirte que no te pierdas por un canalla y pa despedirme de ti.

SIDORO.—¿Te vas?

BLANQUITA.—La gente de mi casa me da asco. Necesito otra cosa, que, por mala que sea, será mejor.

SIDORO.—¿Y aquel Paco?...

BLANQUITA.—No sé de él, a Dios gracias. Cuando vendieron tu solar, que te robaron con deudas fingidas, el golfo aquel huyó con too el dinero y se fué a América con una mujer, con la que tenía dos hijos.

SIDORO.—¡Poco lo han aprovechao! ¡Canallas!

BLANQUITA.—¡Poco aprovecha lo mal adquirido! Yo, yo también me voy, a ver si puedo triunfar, brillar, tener más... ¡Ser feliz!

SIDORO.—¡Pídele a Dios que no quieras a nadie!

BLANQUITA.—No sé; pue que también me llegue mi hora, y sufriré como tú...; que, aunque sufras, debes consolarte pensando que aún sufres tú menos que lo que has hecho sufrir a tantas.

SIDORO.—Ties razón.

BLANQUITA.—Si yo hubiera sido capaz de querer con fijeza, quizá que me hubiera parao en ti.

SIDORO.—Gracias por ese consuelo; pero no me hacía falta. Tú eres una mujer que tenías que pasar por mi vida. Ya me lo dijo una vez una infeliz amargada: «Una vendrá que será tu castigo y nos vengará a todas.» Y ésa eras tú. Tú, que no me has hecho el daño por tu gusto. Es que te mandó Dios

pa castigarme. Y ya estoy castigao; castigao en too lo que más daño podía hacerme. Y ya me ves; yo, que he querío ser tanto pa ti, me veo delante de ti sin poder ya ser menos: roto, hambriento, entristecido, por tu culpa..., ¡y queriéndote aún! ¿Más castigo? ¿Pa que?...

BLANQUITA.—Sidoro, adiós. No puedo decirte más que una cosa... Que no haría una muchas veces el daño si supiera todo el daño que hace. Perdóname.

SIDORO.—Perdonada.

BLANQUITA.—Y olvídame.

SIDORO.—Veremos si puedo.

BLANQUITA.—Adiós, hombre.

SIDORO.—¡Adiós, mujer!... *(Vase Blanquita por la derecha. Sidoro se echa de bruces sobre el banco, llorando en silencio.)*

ESCENA V

SIDORO y SEÑÁ TÁRSILA; ISMAEL, por la izquierda.

TÁRSILA.—¡Sidoro!

ISMAEL.—¡Amigo Sidoro! Mátela usté.

TÁRSILA.—¡Mate usté a esa infame, que nos abandona!...

SIDORO.—*(Al verlos, con furia.)* ¿Eh?... ¿Quién? ¡Ustedes!... ¿Ustedes aquí?...

ISMAEL.—¡Nosotros, sí, nosotros! *(Baja la cabeza como resignado, pero con escama.)*

TÁRSILA.—¡Detenga usté a esa hija que se marcha!

ISMAEL.—¡Y que es la causa de la desgracia de usté y de la nuestra!

SIDORO.—¡Canallas! ¡Bandidos! ¡Miserables!... ¡Por fin se me vienen ustés a las manos!... Pues ahora voy a...

ISMAEL.—Descargue, descargue su furia sobre ésta, que no quiso hacerme caso cuando la dije...

SIDORO.—¡Estafadores, ladrones!... ¡Venga usté acá! *(Lo coge.)*

ISMAEL.—¡La descarga sobre mí!

TÁRSILA.—¡Este hombre es inocente, Sidoro!

ISMAEL.—Y bien sabe usté que yo...

SIDORO.—*(Cogiéndole de las solapas.)* ¡Venga usté acá, granuja!... ¿Qué es un bandido?... ¿Qué es un bandido?...

ISMAEL.—Oye, tú: ¿que qué es un bandido?

TÁRSILA.—Conque digas servidor, has despachao.

SIDORO.—¿Qué es un ladrón?... ¿Qué es un facineroso?

ISMAEL.—¡Hombre, hace usté unas preguntas tan ambiguas...!

SIDORO.—¿Es que el tiro que le voy a dar a usté en mitá del cranio no se lo esperaba? ¿Es que la puñalá trapera con que le voy a partir a usté los riñones no se la presumía?

ISMAEL.—¡Ah, no, no!... ¡A mí, no!... Too lo que tenga usté que darnos, a ésta...

TÁRSILA.—¿A mí?

ISMAEL.—Yo pa mí no quio naa... *(Aparte.)* Está más negro de lo que yo me pensaba. *(Alto.)* Yo me voy lejos, muy lejos...

SIDORO.—*(Deteniéndole.)* ¡Ca; usté no se menea de aquí!

ISMAEL.—Como usté quiera; pero cálmese, amigo Sidoro... ¡Cálmese, que está usté muy escitao!

SIDORO.—Estoy excitao porque nunca he sido asesino, y ahora...

ISMAEL.—¿Qué es la inocencia?

TÁRSILA.—¿Qué es la credulidá?

ISMAEL.—¿Qué es el juramento de un hombre?

TÁRSILA.—¿Qué es el dolor de una madre?

SIDORO.—¿Qué es la muerte de este golfo, señora?

TÁRSILA.—¡Seis meses de luto y cuatro de alivio!... ¡Pero no le mate usté sin oírle!...

ISMAEL.—¡El golfo ha sido el otro!...

SIDORO.—Entre los dos me han robao el solar.

ISMAEL.—¡Hombre, robao, no; nos lo quedamos por deudas justificadas, según recibos exhibidos al Juzgao!...

TÁRSILA.—Luego, Paco lo vendió.

ISMAEL.—¡Y se llevó el dinero, el granuja!... ¡El mío!... ¡Eso sí que es granujada!... ¡Y ya me ve usté, resignao!

TÁRSILA.—¡Mírese usté en ese espejo!

SIDORO.—¡Yo no me miro en porquerías, señora!

ISMAEL.—¿Porquerías?... ¿Qué es la experiencia?...

SIDORO.—No sé; pero como haga usté más preguntas, lo taladro.

ISMAEL.—Pero reflexione usté.

SIDORO.—¡Yo no reflexiono nada; yo no sé más que usté es el autor de mi ruina, y que yo así no quiero vivir, y que yo esta tarde me mato; pero que usté me acompaña en el viaje final, eso es evangélico!

ISMAEL.—Hombre, yo le acompañaría a usté con mucho gusto; pero esta tarde precisamente estoy citao con un tal Bermúdez...

SIDORO.—Mándele usté un recao con la señora.

ISMAEL.—No se hablan.

SIDORO.—Pues que se lo diga por señas.

TÁRSILA.—Está ciego.

SIDORO.—Pues entonces no tie remedio. Es inútil pelear. Usté ya no se separa de mí. Yo le mato a usté y me mato luego...

ISMAEL.—¿De forma que insiste usté en que muramos?

SIDORO.—Sí, señor.

ISMAEL.—Está bien. ¿Luego usté tendrá una pistola?

SIDORO.—Sí, señor. *(La enseña.)* ¡Mírela usté y tiemble!

ISMAEL.—¿Yo temblar? ¡Ja, ja, ja! *(A la Señá Társila, aparte.)* Quítasela.

TÁRSILA.—*(Se la arrebata en un movimiento rápido.)* ¡Traiga usté aquí! *(Se la da a Ismael.)* ¡Toma!

SIDORO.—Traiga usté.

TÁRSILA.—No se la des.

ISMAEL.—¡Qué se la voy a dar! *(Aparte.)* Calibre veintiocho, marca F. N.: por esto dan treinta pesetas.

SIDORO.—Traiga usté aquí.

TÁRSILA.—No se la des, no se mate.

ISMAEL.—No llores, que no se mata.

SIDORO.—Venga.

ISMAEL.—¡Que no! Un hombre arrogante, en la flor de la vida, porque cincuenta años son un soplo...

TÁRSILA.—Largo, pero un soplo.

ISMAEL.—Usté aún pue vivir, ser dichoso... Nosotros, no; nosotros, viejos, decrépitos, infelices...

TÁRSILA.—Abandonaos de una hija espuria y cupletista, ya no es lo mismo.

ISMAEL.—¡Nosotros somos los que debemos morir y moriremos!... Amonos a matarnos, tú.

SIDORO.—¡Bueno; venga esa pistola!

TÁRSILA.—No se la des.

ISMAEL.—¡Nunca!

SIDORO.—Pero ¿por qué ese empeño en retenerla?

ISMAEL.—¡Empeño, dice!... Amigo Sidoro..., van a morir los que deben morir. ¡Usté no!... Dentro de un rato... (¿largo?, ¿corto?..., no sé), oirá usté dos detonaciones... Si las oye, eleve usté al cielo sus preces: una prez por ésta, y otra prez por mí.

TÁRSILA.—Si no las oye usté, no eleve nada... ¿Pa qué se va a molestar?

ISMAEL.—¡Como quiera!... Adiós, amigo Sidoro... Usté, a la vida... ¡Nosotros, al sitio en donde ya no se saca casi naa!... Vamos al silencio, a la eternidá... *(Aparte, aÁrsila.)* Si no te dan seis duros, no la dejes.

SIDORO.—Pero esa pistola...

ISMAEL.—A la nada... Al silencio... ¡A perderse para siempre! *(Vanse por la derecha.)*

SIDORO.—Bueno; ¡soy un necio! ¡Porque estos canallas me han quitao hasta los medios de matarme! ¡Naa; es que si digo que me voy a tirar al canalillo, se beben el agua! *(Se sienta en el banco.)* ¡Virgen santa! ¿Habrá hecho esto Dios pa que yo reflexione?

ESCENA VI

SIDORO y TÍA CELES, por el foro.

CELES.—*(Angustiada.)* ¡Sidoro! ¡Sidoro!

SIDORO.—¡Tía Celes!

CELES.—¡Tú, hijo mío! ¡Y vivo! ¡Vivo!

SIDORO.—No tan vivo como usté se figura; pero vamos...

CELES.—¡Ay hijo de mi alma, vengo muerta, muerta de espanto!

SIDORO.—Pero ¿por qué?

CELES.—Custodio, el señor Custodio, que me ha venido a buscar a la puerta del cuartel pa decirme que viniera, que querías matar al señor Ismael y matarte luego. No, hijo mío, no te mates... No saques esa pistola...

SIDORO.—No; esa pistola ya no hay quien la saque. ¡Cálmese usté, tía Celes!

CELES.—¡No, no te mates! Si tú te matas, ¿qué hago yo sola en el mundo? Te he querido como un hijo, soy una vieja... Soy como tu madre. No me des ese dolor.

SIDORO.—¿Y qué hago yo en la vida, tía Celes?

CELES.—Enmendar tu error; el error de toda tu vida, que han sido las mujeres. Sidoro, ¡ya te lo decía yo!... Tú, empeñao en negárselo todo: amor, dinero... ¡Y ya lo has visto! Lo de las mujeres es para las mujeres, no sirve resistirse; porque si te resistes, lo que les niegues a muchas se lo llevará una sola.

SIDORO.—Es verdad.

CELES.—¿Qué has ganao con ser como fuiste?... ¡Que muchas te hayan maldecido y una sola se haya reído de ti; pero si hubieses dao a cada una lo suyo, las hubieses hecho a todas felices, y una, una sola, la mejor, te lo hubiese recompensao por todas!

SIDORO.—Tie usté razón, tía Celes; pero ya viejo, desengañao, solo... ¿Qué remedio tiene mi error?

CELES.—Aún lo tiene, Sidoro; porque Dios, pa demostrar a los hombres como tú lo que vale y puede el amor, les pone al lao siempre una mujer que los quiera. ¡Y la que te ha querido a ti, mírala, ahí la tienes!

ESCENA VII

DICHOS y CARMEN LA DE LA RONDA, con su hijo en brazos. Aparece por el foro izquierda.

SIDORO.—¡Carmen!

CELES.—¡Ahí la tienes, sufriendo, llorando, pidiendo hasta limosna, y siempre tan conforme! Te debe su desgracia, y ni un solo día la he oído hablar mal de ti.

CARMEN.—¿Quién habla mal de lo que más quiere en el mundo?

SIDORO.—¡Carmen!

CARMEN.—¡Sidoro!

SIDORO.—¡Si yo volviera a nacer!...

CARMEN.—No pues volver a nacer; pero pues volver a tener juicio.

SIDORO.—¡Sí, Carmen, sí; ties razón! ¡Viéndote a ti, pienso que no hay nada mejor en el mundo que la mujer! ¡Ven a mis brazos!

CARMEN.—¡Sidoro!

SIDORO.—¡Carmen! *(Se abrazan.)*

CELES.—¡Al fin!

SIDORO.—Y aguarda, que voy a romper los mandamientos del Gratis y voy a gritar: ¡todo para la mujer: amor, dinero, vida!... ¡Todo para ellas, porque de ellas nacemos, para ellas vivimos y en sus brazos hemos de morir!...

CELES.—¡Así, ardiendo!

SIDORO.—Y ahora vámonos, Carmen; vámonos lejos, al otro extremo de Madrid, a un barrio muy

apartao, donde nadie conozca a Mediacapa, y allí, a trabajar y a querernos.

CELES.—Y mira: hasta esos pobres cornetas que ensayan junto al cuartel parece que te han oído. ¿Oyes? Ahora tocan una diana.

SIDORO.—¡Qué bien hacen en tocar diana, que éste es un día nuevo que amanece pa mí!

CELES.—¡Día de amor y de gloria!

SIDORO.—Vamos, Carmen; dame al chico, y contigo al lao, la abuela detrás y con él alto, quiero irme a otra vida gritando: ¡Todo por la mujer! ¡Todo para la mujer! ¡Viva la mujer! *(Toques. Acaban de tocar diana las cornetas, y cae el telón.)*

FIN DE
«EL SOLAR DE MEDIACAPA»